

LA VUELTA DE LOS DÍAS



RIBEYRO PARA FUMADORES

ADOLFO CASTAÑÓN



Soy un mal fumador. Fumo cada día un cigarrillo. Un Pall-Mall —el único extralargo sin filtro— antes de o para dormir. Cuando tengo tiempo de hacer siesta, fumo dos. Pero también soy un mal lector de periódicos y de partes de guerra. Pertenezco a esa raza que salta los titulares, se aburre con los editoriales donde se pontifica sobre el futuro de la humanidad y va directamente a la página roja en busca de algún crimen pintoresco o se refugia en la sección de anuncios clasificados en busca de alguna oferta inverosímil. Del periódico me interesan, en todo caso, menos la historia que los hechos curiosos (*les faits divers*), los accidentes nimios, las excentricidades, los indicios subrepticios que nos revelan al oído los secretos del corazón de la ciudad. Así, he coleccionado a lo largo de los años un conjunto de recortes sobre los sapos gigantes a la orilla del lago Titicaca, el trasplante de córnea a una elefanta cautiva en Brooklyn, los argentinos que se envenenaron bebiendo agua de gatos muertos proveniente de una cisterna, el homosexual que fue a hacerse una limpieza

con un brujo y murió quemado junto con éste durante el ritual, las películas pornográficas para chimpancés frígidos en un zoológico italiano, los fraudes telefónicos y cibernéticos de una banda de niños en Washington o, más modestamente, el robo de la estatua del Quijote en los mexicanos jardines de Chapultepec, el desplome de la casa de Juan Pablos donde se albergó la primera imprenta de América o la lenta agonía del árbol de la noche triste bajo el cual lloró Hernán Cortés su derrota en Tacubaya algunos meses antes de la caída y la conquista definitiva de la azteca Tenochtitlán.

Soy un mal lector de periódicos pues me interesa menos la Historia mayúscula que los asteriscos y accidentes, el estoico acontecimiento. Pero también, debo admitirlo, soy un mal lector de literatura. En todo caso, un lector caprichoso, obcecado en la persecución de ciertas líneas o cristalizaciones, víctima del capricho, inconstante pero dispuesto ávidamente a enamorarme, a caer en las telarañas de algún imprevisto arácnido poético. Hace mucho tiempo leí, cuando fue publicada en México, la novela *Los geniecillos dominicales* del peruano Julio Ramón Ribeyro (1929-1994). El relato de aquellas iniciaciones arrabaleras fue para mí tan intenso y revelador que

tuve que dejar pasar varios años antes de leer nuevamente cualquier cosa de este autor ya que temía mancillar aquella lectura gloriosa y confusa con el desencanto.

De ese modo, volví a leer a Ribeyro con cautela y a pequeñas dosis, siempre en revistas o un cuento particular en algún libro. Este segundo y revisitado Ribeyro era curiosamente otro. No el prosista entusiasta y capaz de mantener en vilo la atmósfera febril de la noche y sus fiestas, sino un escritor irónico, anti climático, decidido a escribir en cada cuento no tanto un hecho curioso como el despertar consumado por esa su diversidad en el espectador. El cuento como un cartílago uniendo el hueso de la historia y la carne de la vida. A esa segunda lectura dispersa de Ribeyro ha seguido una tercera más íntegra y reciente. Corroboro ahora una impresión: Julio Ramón Ribeyro es, por definición operativa, varios autores. No es que sea un autor distinto cuando escribe un género distinto (y sí, también lo es); por ejemplo, un Ribeyro cuentista, un Ribeyro novelista, otro dramaturgo, otro Luder, otro escritor de apuntes. Particularmente en el caso de los cuentos (no la mejor porción de su obra sino la que yo conozco mejor), Ribeyro parece trabajar con un procedimiento irreductible: si cada cuento narra un hecho específico, si cada cuento funda mitológicamente un espacio particular, entonces cada narración precisará un punto de vista, una gramática, un autor específico. Cada toro inventa un torero. Un Julio Ramón Ribeyro cada cuento nos dio, para frasear una mexicana retórica. Pues Ribeyro parece estar creando en cada

*Texto leído en la mesa "Sólo para fumadores" en homenaje a Julio Ramón Ribeyro con motivo de la entrega del IV Premio Juan Rulfo en Guadalajara. JRR murió el 4 de diciembre de 1994.

cuento una atmósfera pero también una literatura, una materia narrativa pero también un autor —y en consecuencia un lector. O si no en cada cuento —aunque esa es mi idea radical— si en cada subconjunto fantástico (los cuentos de infancia, los suburbanos, los fantásticos, los épicos, los satíricos). Esta práctica no deja de tener su anclaje clásico: pues si la verdad no existe puramente sino que se da en función del género literario que la expresa, hacer un repaso de los diversos géneros y subgéneros literarios equivale a sugerir que la identidad es una hipótesis del conjunto formado por la reunión de varias identidades provisionales de los diversos narradores. Ribeyro es un escritor que compendia muchos escritores. De hecho podría aventurarse con alguna malicia que su obra cuentística es una síntesis de la narrativa latinoamericana del siglo donde igual podemos encontrar concentrados, como cabezas reducidas, cuentos de Onetti y Benedetti ("El jefe", "El profesor suplente"), Borges ("Ridder y sus papeles"), Bioy ("Una medalla para Virginia"), Cortázar ("Papeles pintados"), Uslar Pietri ("Los moribundos"), Rulfo y Vargas Llosa ("Los jacarandás"). La enumeración podría seguir y con ella concluiríamos que una de las destrezas mayores de Ribeyro es el oído, la agudeza de la imitación, en fin, la habilidad para trabajar en un proceso continuo de *miniaturización* que implica una inteligencia práctica, operativa, de las proporciones y dimensiones. "Lo que diferencia a los escritores franceses de los norteamericanos —dice Luder— es que los primeros se limitan a cultivar un jardín mientras los segundos se lanzan a roturar un bosque: "—¿Y tú? —Ah, yo sólo riego una maceta" (p. 31).

Esa salvación de las minucias y por las minucias que entraña la *miniaturización* establece, desde luego, una clave menor y para mi gusto reduce a sus verdaderas proporcio-

nes a algunos de los elefantes del boom, practica como en mi recorte de periódico citado al principio una cirugía oftálmica al paquidermo. Pongamos por ejemplo el cuento citado "Los jacarandás" donde vemos desplegarse el procedimiento de dos diálogos remotos que se van intercalando en una narración hasta converger en un clímax revelador, apocalíptico, de la porosidad que existe entre el mundo de los vivos y el mundo de los muertos. Es uno de los procedimientos utilizados por Rulfo en *Pedro Páramo*. Es uno de los mecanismos de que abusa *Conversación en la catedral*. Pero si Julio Ramón Ribeyro es varios escritores, entonces varios escritores son Julio Ramón Ribeyro. Es decir, se trata de un autor suficientemente original como para hacernos reconocer a algunos de sus parientes literarios. No sé si Ribeyro los aceptaría como sus consanguíneos de tinta pero menciono a Chejov —por su evocación redentora del mundo frustrado de los empleados menores—, a Dino Buzzati —por su fervorosa lectura del accidente (*fait divers*) como materia fantástica—, a Luis Loayza que descubre en los ensayos de *El sol de lima* que la historia entrelínea leyendas y que a partir de ambas es posible escuchar los latidos secretos, mitológicos, de esa utopía en vías de extinción, de esa ciudad invisible llamada Hispanoamérica.

LA PERDURABLE POSIBILIDAD

Si en cada género literario se alberga una forma de la verdad, ¿cuál es la certeza, la experiencia que se transmite a través del cuento? El cuento —subrayémoslo— cuenta. Hace el cálculo y el cómputo de los días. Lleva las noticias y relaciones de lo sucedido y de lo dicho y oído. Es chisme, rumor, eco de pendenencias. Es memoria pero también extremo y final. Apocalipsis en un vaso de agua, el cuento es un género espontáneo, natural ya que a través

de él se le da al hombre, según Italo Calvino, la unidad mínima de sentido de la experiencia. ¿Qué sentido tiene la vida? La respuesta es un cuento. La vida es un cuento de cuentos, y el que los va recapitulando, el que saca a la luz pública la sarta de cosas sucedidas es un contador. Pero un cuentista —como advierte el *Diccionario de autoridades*— no es una persona del todo honorable: CUENTISTA: "Es la persona que tiene el vicio de dar noticia a alguno de lo que se hizo u dixo en su audiencia, y es motivo de causar desazones u desconfianzas de unos con otros" (...) "los cuentistas —dice el autor de *Luz de verdades católicas*, citado como autoridad por el diccionario— son "los que siembran la perversa cizaña de la discordia". Este carácter profano o menor del género perdura todavía en el uso corriente: son cuentos, puros cuentos, alardea el hombre importante sorprendido por una cuenta que no es la suya. Materia del cálculo o de la memoria humana, el cuento admite muchas formas pero las encausa y refiere desde una actitud precisa. Y no es extraño, después de todo en la exactitud de su final se mide el peso, la excelencia de cada cuento.

El cuento en la literatura castellana es un género vulgar y profano. No es la fábula, heredada de griegos y romanos. Tampoco se le puede identificar con la materia épica de romances e historias. Hace su entrada modesta, doméstica, por la puerta trasera de la tradición popular y todavía vestido con el traje edificante del buen consejo pedagógico como, por ejemplo, en el libro del infante Don Juan Manuel. En la tradición hispanoamericana, el cuento se alimenta del afán documental del costumbrismo como en Lizardi o José T. Cuellar, madura al calor de la invención legendaria como en Ricardo Palma o en los escritores mexicanos de asunto colonial como Riva Palacio. Sin embargo sólo llegará a su plena madurez con la imagina-

ción provocadora y profana de los escritores modernistas, como Rubén Darío y Manuel Gutiérrez Nájera.

Empezar a escribir cuentos en un país hispanoamericano a principios de 1950 como le sucedió al peruano Julio Ramón Ribeyro nacido en 1929 en la entonces no tan horrible Lima —si hemos de creerles a él, a Vargas Llosa, Brice Echenique y a Loayza— era una empresa de futuro literario incierto. El naturalismo practicado por Arguedas y Alegria dejaba poco sitio a todo lo que no fuera documentación legendaria y relato de maravilla o curiosidad etnológica. Es cierto también que el modernismo había consagrado formas y fórmulas de la invención breve; que la novela de la revolución mexicana fue también —contra el impulso de una palabra muralista— el cuento de la revolución mexicana (por ejemplo en Rafael F. Muñoz y Nelly Campobello) y es cierto también que hacía unos pocos años el grupo constelado en torno a la revista *Sur* se había empeñado en una re-inventación de la literatura a partir de una re-lectura y re-escritura de las formas breves. Sin embargo, lo que campea en el gusto y en el ambiente literario hispanoamericano de la década de los cincuenta, es la afición por el paquidermo: de la novela—río de Rómulo Gallegos al panorama multifocal de *La región más transparente* de Carlos Fuentes, de las caudalosas novelas de Mallea y de Mujica Láinez a las selváticas de Miguel Ángel Asturias el espacio que la atención confiere a las formas menores es menor. Afortunadamente y gracias a Dios, porque esa ignorancia con que el mercado cubre por ejemplo al cuento, permitirá que escritores como Rulfo y Arreola en México, Borges, Bianco y Bioy en Argentina, y más tarde en Perú, Loayza y Ribeyro exploren y practiquen un género cuya exactitud, ciertamente, no se hubiese visto

beneficiada por la corrupción del ritmo mercantil a que está sometido el escritor profesional. La del cuentista, así, no es una profesión sino una vocación, un llamado y una deuda que el observador tiene con el mundo. Esta es una de las cosas que llaman la atención en la escritura del cuentista Julio Ramón Ribeyro: el impulso apremiante pero no menos tenso y riguroso con que da forma —es decir sentido— a esa unidad mínima de la historia encarnada en el cuento. También podríamos decir la necesidad que lo lleva a contar —así y sólo así— esas narraciones. Ese impulso fatal es el mismo que late en esas otras re-escrituras que son las de Rulfo y las de Bianco, las de Borges y Arreola. Con esto quiero resaltar una vez más la exactitud, la precisión que se ha sabido dar tiempo de ser breve.

En la obra cuentística de Ribeyro (reunida en nueve libros y 87 cuentos) se pueden distinguir tres grandes espacios o territorios de la argumentación fantástica. "Los buenos cuentos —dice Alejandro Rossi, uno de los grandes cuentistas vivos de la lengua— comienzan en un lugar definido." Un primer espacio rural y naturalista, épico y violento. Un segundo espacio urbano—costumbrista, de nostalgias adolescentes o evocaciones domésticas. Un tercer circuito, susceptible de transitar entre los dos anteriores, de ficción más o menos pura, aunque siempre, plena. *Más o menos*: esta expresión adverbial puede parecer despectiva. En el caso de Ribeyro es descriptiva. Nada en sus cuentos es puro, y la intermitencia, la inestabilidad del orden del mundo es uno de los principios de su gramática imaginaria. Esa intermitencia es precisamente el común denominador de las argumentaciones narrativas planteadas a lo largo de esos tres espacios. El cuento cuenta pero

cuenta sobre todo extremos, finales. Los finales de Ribeyro suelen ser finales irónicos, como el de esa señorita que salvó de ahogarse a una mujer de la que quería deshacerse el marido o el del profesor suplente que se abochorna y decide no dar la clase que tanto había anhelado o el del cobrador que sí encuentra al deudor y decide decir que no lo encontró. Esas ironías no están exentas de crueldad pero tampoco de piedad, como en Chejov, sin duda uno de los maestros de Ribeyro. Preguntar con disimulo y candor lo que ya se sabe, hacer burla fina —eso es la ironía y esa disimulación y fineza, ese poder de fingimiento y ficción es una de las virtudes literarias y humanas patentes en los cuentos de Ribeyro. Más o menos, ironía, disimulación, intermitencia afectiva, pudor, control de las situaciones, poder de dosificación y administración de la verdad. Los cuentos de Julio Ramón Ribeyro revelan, como las faldas coquetas, entreabriendo. Tan pronto exhibiendo, tan pronto ocultando, que entre la imaginación y la realidad, los buenos y los malos sentimientos, el chisme privado y la historia de la patria grande, los vivos y los muertos, el deseo y la melancolía, el cuerpo y el alma, existen puentes minuciosos, transiciones hormigueantes e imperceptibles para cualquiera que no lleve un libro de cuentos donde queden asentados el deber y el haber de la esperanza y el desengaño. La intermitencia que da a Julio Ramón Ribeyro el secreto dorado de la posibilidad perdurable se acompaña en dos tiempos: el del ojo y el del oído, el de la observación y el de la música. De ahí su generosidad: pues mientras mira a sus personajes nos deja oírlos; mientras los escucha nos deja verlos: "Mariposas y cornetas" o "La música, el maestro Berenson y un servidor".

LAS RELACIONES PELIGROSAS DE VOLTAIRE

FABIENNE BRADU



No admirar a Voltaire es una de las numerosas formas de la estupidez.

Jorge Luis Borges

Para saber qué pensaba Voltaire acerca del amor, se podría acudir a su *Diccionario filosófico*, donde la voz antecede, con sugestiva brevedad, a las del "Amor a Dios", el "Amor propio" y el "Amor sokrático", un mal de juventud, aguijoneado por la naturaleza y los curas educadores, tolerado por la sociedad, pero castigado por las leyes. "Hay tantas clases de amor que no se sabe a quién recurrir para definirlo", comenta Voltaire antes de hacer sonar el contrapunto entre la naturaleza y el hombre, que replica a lo largo de su obra acerca de temas tales como el arte y la belleza. "¿Quieres tener una idea del amor?" —pregunta— "Mira a tus palomas, contempla al toro que llevan a la vaca; observa a este caballo altivo que dos de tus peones conducen a la yegua apacible que lo espera y levanta la cola para recibirlo; observa cómo sus ojos relampaguean; escucha sus relinchos; contempla los brincos, los caracoleos, las orejas paradas, el hocico que se abre con pequeñas convulsiones, las narices que se hinchan y el soplo encendido que sale de ellas, las crines que se levantan y flotan en el aire, el movimiento impetuoso con el que se lanza sobre el objeto que la naturaleza le ha destinado; pero no le tengas envidia y piensa en las ventajas de la especie humana: compensan en amor todas las que la naturaleza dio a los animales: fuerza, belleza, ligereza, rapidez."

La imaginación, el continuo perfeccionamiento del arte amatoria, el deseo a deshoras, la higiene, las penas y la sífilis, son algunas de las diferencias esenciales por las que, según Voltaire, el hombre aventaja al reino animal. Si bien se admira del amor que Heloisa seguía profesando por Abelardo después de que lo hubiesen castrado, no deja de insinuar, en la admirable descripción que acabo de citar y también entre líneas, una nostalgia por la experiencia carnal que ya no le pertenece a la hora de escribir el *Diccionario filosófico*. El párrafo final es un implacable autorretrato que se dibuja en el espejo que le devuelve el eunuco de Heloisa: "No sucede lo mismo, señoras, con un amante que ha envejecido en el servicio; de la apariencia exterior casi no subsiste nada: las arrugas espantan; las cejas encanecidas repelen; los dientes perdidos dan asco; las mermas físicas alejan: lo único que queda es la virtud de ser enfermera y de soportar a quien se ha amado. Es amortajar a un muerto".

Porque su siglo fue libertino, primero gracias al beneplácito del *Régent* y después por reacción a las ofuscaciones persecutorias de los jansenistas, se tiende a reducir a Voltaire al signo de su tiempo. Hasta se reitera, como prueba de ello, que, entre otros artículos, redactó para la *Enciclopedia* de Diderot y d'Alembert, el correspondiente a la *Fornicación*. Sin embargo, dicho artículo no tiene nada de libertino: se limita a recordar la etimología de la palabra, que proviene del latín *fornix* (las pequeñas habitaciones donde oficiaban las mujeres publi-

cas en Roma), y su uso derivado en teología, que califica las infidelidades del pueblo judío con los dioses extranjeros.

Porque nació moribundo y porque temía el ridículo, Voltaire no fue un libertino practicante, de la misma manera que su fe nunca se sometió a los intercesores ni a los ritos. Los relatos de las noches orgiásticas de Philippe d'Orléans en el Palacio real, dejan entrever que para ser libertino se necesitaban dos condiciones de las que carecía Voltaire: salud y tiempo. Por supuesto, en su juventud, protagoniza unos escándalos de libertinaje en el salón de Mme. d'Osseville en Caen y poco después, en Holanda, a donde su padre lo manda para que calme sus ímpetus de toda índole, se enamora perdidamente de Olympia Dunoyer, más conocida como "Pimpette", arriesgando a un tiempo la paz diplomática y religiosa de la embajada del marqués de Châteauf. También se recordarán sus devaneos por unas actrices, que quizás no sean más que las encarnaciones accidentales aunque apetitosas de la pasión de su vida: el teatro.

Sin embargo, las mujeres figuraron en los palcos de honor de su vida y de su obra, sobre todo, porque dominaron el escenario de su siglo. Dejemos a Montesquieu el cuidado de describir la mecánica de esta dominación: "Nadie que tenga un empleo en la Corte, en París o en las provincias, carece de una mujer por cuyas manos pasan todas las bondades y, a veces las injusticias, que puedan cometerse. Todas estas mujeres mantienen relaciones entre sí y forman una especie de República cuyos miembros, siempre activos, se socorren y se ayudan mutuamente. Es como un nuevo Estado dentro del Estado y aquel que está en la Corte, en París, en las provincias, y ve actuar a los ministros, a los magistrados, a los prelados, si no conoce a las mujeres que los gobiernan, es como un hombre que mira cómo funcio-

na una máquina bien aceitada sin conocer sus resortes".

Si todas se lanzaron con igual fervor a desmentir la falta de ambición supuestamente consanguínea a la *gens* femenina, no perseguían siempre los mismos intereses de poder, ni estaban cortadas con la misma tijera intelectual. Mme. de Tencin fue, sin duda, la más "política" de todas, la más desalmada también, porque abandonó, a las pocas horas de nacido, en las puertas de la iglesia de Saint-Jean-le-Rond, al fruto de un embarazo indeseado; este fruto se llamaría más tarde D'Alembert. Mme. Goelfrin, esposa del director de la compañía Saint-Gobain, fue la única burguesa que abrió salón en el faubourg Saint-Honoré y no sería exagerado verla como una prefiguración de Mme. Verdurin. La marquesa de Lambert, Mme. du Defand, Julie de l'Espinasse, Mme. de Staël, entre otras, cabrían en la categoría de las "intelectuales" o, mejor dicho, de las inteligentes. Pero Voltaire supo distinguir, bajo la legión de pelucas empolvadas de ingenio y adornadas con los listones de la intriga, a la cabeza más sólida y más dotada de su época: Mme. du Châtelet, la *belle Emilie*, la estudiosa y sabia marquesa, hija del barón de Breteuil que admiraba a Voltaire y heredó a su descendencia la tradición de proteger al héroe de los salones del XVIII.

Se ha dicho que la pareja que formaron Mme. du Châtelet y Voltaire, durante 14 años de diversas temperaturas amorosas, fue la primera pareja intelectual de la historia, acaso un antecedente del binomio más célebre de nuestro siglo: Jean-Paul Sartre-Simone de Beauvoir. La publicación de las *Cartas filosóficas*, en 1734, precipitó el exilio de los estudiosos tórtolos en el castillo de Cirey, propiedad del generoso, aburrido y ausente esposo de Emilie. Mientras Voltaire esboza su *Siglo de Luis XIV*, Mme. du Châtelet se lanza en cuerpo y alma a la traducción de los *Principios matemá-*

cos de Newton. Entre los numerosos arreglos que Voltaire costeó en el Castillo de Mme. du Châtelet, tal vez como una cortés compensación por usufructuar el más íntimo de sus bienes, mandó instalar un laboratorio de física donde los amantes pasaban largas horas investigando el origen del fuego y la alquimia del amor. Toda la vida en Cirey está regida por una campanilla que marca las horas de estudio y de diversión: se escribe, se traduce, se hacen experimentos de laboratorio, se cena, se montan obras de teatro, se conversa, se reciben visitas, se hacen espectáculos de linterna mágica, se ríe, se ama y no se extraña París para nada. El tedio es el único proscrito de Cirey.

Emilie es adúltera, pero no libertina. Siempre amó sincera y apasionadamente. Una vez, hasta quiso suicidarse poniendo la cicuta en manos de un amante que la desdénaba, para que éste la matara en una forma un poco más literal de lo que suele matar el desamor. En su *Discurso sobre la felicidad*, así recapitula su relación con Voltaire: "Fui feliz durante diez años gracias a quien subyugaba mi alma. Esos diez años, los pasé cara a cara con él, sin ningún momento de disgusto, de hastío. Cuando la edad y las enfermedades, y quizá también la saciedad, disminuyeron su gusto por mí, pasó mucho tiempo antes de que me percatara de ello: yo quería por dos, pasaba todas las horas de mi vida con él y mi corazón, carente de toda sospecha, gozaba del placer de amar y de la ilusión de creerse amado. Es cierto que perdí ese estado de felicidad y que pagué esa pérdida con muchas lágrimas".

También es cierto que una infidelidad apartó a Emilie de Voltaire, a quien calificaba como su "amante de hielo" y que, de todas formas, ya había encontrado consuelo con su sobrina Marie-Louise Mignot. Emilie murió a consecuencia del parto con que su infatuación por Saint-Lambert la había castigado.

La noche del parto, Voltaire, tal vez más herido de lo que quiere mostrar, le escribe a su amigo d'Argental: "Mme. du Châtelet le manda informar que esta noche, mientras estaba en su escritorio redactando una página newtoniana, tuvo una pequeña necesidad. Esta pequeña necesidad era una hija que apareció de pronto. La acostamos en un libro de geometría in-cuarto. Por mi parte, acabo de dar a luz a una tragedia de *Catalina* y estoy cien mil veces más exhausto que la bienaventurada madre..." Pero, cuando seis días después muere Emilie, Voltaire se desmorona: "Perdí a la mitad de mí mismo, al alma para la cual la mía estaba hecha. He perdido el apoyo de mi desgraciada y agonizante vida. No echo de menos a una amante: echo de menos a un amigo y a un *gran hombre*. Y mi pena durará tanto como mi vida."

Más allá de la relatividad que Mme. Denis o Saint-Lambert pueden aportar a las palabras de Mme. du Châtelet y de Voltaire sobre la contundencia de su amor, es innegable que esta relación, teñida de todos los matices que van del amor-pasión a la amistad amorosa, del respeto a la colaboración intelectual, de la conversación a la risa, es, todavía en nuestros tiempos, una relación excepcional y ejemplar. El don de Voltaire para la amistad femenina, ¿no es otra forma de practicar la tolerancia que tanto pregonó en el ámbito de la religión? La prolongada relación epistolar que mantuvo con Marie du Defand desde "Las Delicias" de Ferney, es otro capítulo en la redacción de su amistad con las mujeres.

La correspondencia con Mme. du Defand, antigua rival de la *belle Emilie*, no está exenta de reticencias, de veladas desconfianzas, sobre todo en la época en que Mme. du Defand pretendía sembrar cizaña entre Voltaire y los jóvenes enciclopedistas, a quienes ella juzgaba faltos de gusto, una palabra que vuelve reiteradamente en sus cartas

como si fuera un paraíso perdido y Voltaire, el único sobreviviente de este reino. Pero el tono que predomina y se acentúa con los años es el de una cordialidad entrañable y conmovedora. Las más de las veces es Voltaire quien le inyecta ánimos a Mme. du Deffand para seguir viviendo en un fin de siglo que es, también, el fin de sus respectivas vidas. Hay que imaginarlos en el declive de sus facultades físicas, ambos castigados por una casi total ceguera cuando su mayor placer ha sido leer y leerse, escribir y escribirse, con la certeza de que nunca más se volverán a ver en la vida, y sin embargo, construyendo, por pluma y ojos interpositos, la única patria que les queda: la amistad. "Donde está la amistad, está la patria", le escribía Voltaire a Mme. du Châtelet, pero la distancia es la que le permitió edificarla con Mme. du Deffand. Para Voltaire, las cartas que constituyen un extenso, admirable y divertido apartado de su obra, no eran sino "pintura del corazón, consuelo de la ausencia y lenguaje de la verdad".

Para completar las pruebas de amistad entre los dos sexos, me atrevería a añadir otra correspondencia que tiene como protagonistas a Voltaire y Carolina de Beauregard y como demiurgo, al filósofo español Fernando Savater. *El jardín de las dudas* contiene algo más que una osada y divertida invención literaria; recoge lo máspreciado e inaccesible de Voltaire: su espíritu. Entre los actuales estudiosos de Voltaire, Fernando Savater es quien mejor ha sabido rescatar la viveza de espíritu de Voltaire, el brillo, la transparencia de su prosa, el veneno de su ingenio y la cordialidad de su corazón. Tal vez porque en muchos aspectos se parecen el uno al otro, no es fortuito que Fernando Savater haya escogido el marco de la conversación epistolar con una dama para recrear este espíritu volteriano que constituye, sin duda, la más valiosa de sus herencias.

Si empecé citando unas líneas de Voltaire sobre el amor, quisiera terminar con las que dedicó a la amistad en el *Diccionario filosófico*: "La amistad es el matrimonio del alma y este matrimonio está sujeto al divorcio. Es un contrato tácito entre dos personas sensibles y virtuosas. Digo sensibles, porque un monje, un solitario puede no ser malo y vivir sin conocer la amistad. Digo virtuosas, porque las malas personas sólo tienen cómplices; los voluptuosos

tienen compañeros de parranda; los interesados tienen asociados; los políticos congregan a facciosos; el común de los hombres ignorantes tiene relaciones; los príncipes tienen corteses: sólo los hombres virtuosos tienen amigos". Si a lo largo de su larga vida, con el poder de su risa, Voltaire se granjeó más enemigos que amigos, estoy segura de que, en su aún más longeva vida póstuma que hoy celebramos, sólo cuenta con amigos... y amigos. ▣

HOMENAJE A DON JOAQUÍN GARCÍA ICAZBALCETA

JOSÉ LUIS MARTÍNEZ



Todos tenemos una constelación personal de nuestras más hondas aficiones intelectuales. Casi siempre surgieron en la juventud, en los años en que descubrimos el mundo de las letras. Muchas de estas aficiones fueron pasajeras y el tiempo las fue borrando. Pero otras son permanentes y, aunque volvamos o no a sus creaciones, las recordamos con un temblor mental, como cosa nuestra entrañable.

He aquí las estrellas que, en un primer intento y sujeto aún a ajustes, forman mi constelación personal. Primero las del ancho mundo: Marco Aurelio, Fernando de Rojas, William Shakespeare, Michel de Montaigne, Gustave Flaubert, Jules Renard, Charles Baudelaire, León Tolstoi, Herman Melville, John Keats, Juan Valera, Marcelino Menéndez Pelayo, Marcel Proust, Rainer Maria Rilke, T.S. Eliot, Aldous Huxley, Thomas Mann y Jorge Luis Borges. Y luego, las de casa: Bernardino de Sahagún, Sor Juana, Ignacio Manuel Altamirano, Justo Sierra,

Manuel Gutiérrez Nájera, Joaquín García Icazbalceta, Ramón López Velarde, Alfonso Reyes, Julio Torri, Carlos Pellicer, José Gorostiza, Agustín Yáñez, Octavio Paz y Juan José Arreola.

Por supuesto, mi lista de aficiones es arbitraria, pero, podrá preguntarse: ¿qué hacen dos eruditos, como Menéndez Pelayo y García Icazbalceta, entre los creadores?

Pues resulta que don Marcelino organizó la historia de la literatura española, y don Joaquín le dio cuerpo a la cultura mexicana del siglo XVI. Lo recordamos ahora al cumplirse, el 26 de noviembre, el primer centenario de su muerte en 1894.

Debido a las azarosas condiciones de la educación en México, don Joaquín nunca asistió a ninguna escuela y, con maestros particulares y su propio esfuerzo, aprendió bien lenguas extranjeras: latín, francés, inglés, italiano y bastante alemán. Hizose, además, un paleógrafo competente, un escribano de

imperturbable limpieza y un tipógrafo excepcional. Y decidido a consagrarse a la ilustración de la cultura mexicana en el siglo XVI, en el que todo se inicia, se puso a seguir sus rastros.

Para entrar en relación con el eminente historiador bostoniano William H. Prescott, quien facilitaría a don Joaquín numerosas copias de documentos históricos mexicanos, García Icazbalceta traduce del inglés la *Historia de la conquista del Perú*, en 1849, y le añade un sustancioso apéndice. Y años más tarde, contribuye con 56 artículos de tema histórico al *Diccionario universal de historia y de geografía* (1853-1856).

Por estos años, don Joaquín casó en 1854, cuando contaba veintinueve años, con doña Filomena Pimentel, hermana del historiador de nuestra literatura, Francisco Pimentel. Tuvo dos hijos, Luis y María, pero la señora murió en 1862. Don Joaquín nunca se repuso de la pérdida de su mujer y no volvió a casarse. Y esta tristeza suya coincidió con la pérdida de su fortuna, en los días aciagos de la intervención francesa y del imperio. Le llevaría veinte años reparar su economía. Poseía dos haciendas, Santa Clara y Tenango, en el Estado de Morelos, dedicadas al cultivo de la caña de azúcar. Además de administrarlas desde la ciudad de México, en el despacho que tenía en la calle de San José el Real número 13 hoy Isabel la Católica, durante los meses de invierno, de enero a febrero, se trasladaba a sus haciendas: El "dulce jugo"—escribía don Joaquín a un amigo— alimenta a mi familia hace más de siglo y medio, por lo cual hay que verle con respeto y atención... es mi *modus vivendi*... y el que da para calaveradas literarias como la de la *Bibliografía del siglo XVI*.

Sus trabajos se orientaron en dos direcciones principales concentradas especialmente en el siglo XVI: literatura e historia, como es-

tudios monográficos o como ediciones de textos, traducidos y anotados cuando fue necesario. La simple enumeración de sus escritos nos muestra la magnitud de sus contribuciones al conocimiento de nuestra cultura. En el campo de la literatura le debemos la traducción, estudio y anotación de los *Diálogos latinos o México en 1554*, de Francisco Cervantes de Salazar —obra ejemplar por la riqueza de sus materiales—, así como la presentación del *Túmulos imperial*, del mismo humanista; las ediciones de los *Coloquios* de Fernán González de Eslava, y de los *Opúsculos latinos y castellanos* de Francisco Javier Alegre; la edición del *Peregrino indiano*, de Antonio de Saavedra Guzmán; y los estudios sobre "Francisco de Terrazas y otros poetas del siglo XVI", y sobre Bernardo de Balbuena. Y en el campo de la historia, las ediciones de la *Historia de los indios* y de los *Memoriales* de fray Toribio de Motolinía; del *Itinerario* de Juan de Grijalva; la traducción del relato de *El Conquistador Anónimo*; la edición de varios documentos cortesanos entonces inéditos; la edición del *Cedulario* del oidor Vasco de Puga; de las *Nuevas leyes* de 1542; de varias cartas y memoriales de fray Bartolomé de las Casas, de Nuño de Guzmán, del obispo Ramírez de Fuenleal y de Alonso de Zorita; el descubrimiento de fragmentos de la *Historia de la Nueva Galicia*, de fray Antonio Tello; de la *Relación de Tezcoco*, de Juan Bautista Pomar; de los opúsculos *Historia de los mexicanos por sus pinturas* y *Origen de los mexicanos*; de la notable edición de la *Historia eclesiástica indiana*, de fray Gerónimo de Mendieta, y de documentos relativos a su actuación; y de la traducción de los relatos de viajeros ingleses en el siglo XVI.

Sus estudios monográficos son contribuciones pioneras y fundamentales en cada uno de sus temas, que aquí enumero: Autos de Fe, El cacao, El ganado vacuno, Las fiestas del Pendón, Introducción de la im-

prenta, La antigua Catedral de la ciudad de México, la Antigua Plaza de la ciudad de México, El Colegio de Niñas y el de San Juan de Letrán, la iglesia y el convento de San Francisco de México, La industria de la seda, La instrucción pública en el siglo XVI, La Universidad de México, Los acueductos, Los médicos, Las representaciones religiosas en el siglo XVI, Un Creso del siglo XVI, Los 205 mártires del Japón y Chapultepec.

Sus estudios mayores son el dedicado a *Don fray Juan de Zumárraga, primer obispo y arzobispo de México*, los *Apuntes para un catálogo de escritores en lenguas indígenas de América* y el *Vocabulario de mexicanismos*, en que trabajó en sus últimos años y que dejó incompleto, hasta la letra G. Y su obra magna es la *Bibliografía mexicana del siglo XVI*. Para ponderar los méritos de esta obra, es necesario repetir lo que de ella escribió Menéndez Pelayo: "Obra en su línea de las más perfectas y excelentes que posee nación alguna".

La vida intelectual de don Joaquín García Icazbalceta tiene un capítulo de austera valentía moral, que para mí es uno de los momentos más altos de la práctica histórica de México. En 1883, el arzobispo metropolitano, Labastida y Dávalos, le pide su opinión sobre una apología de las apariciones guadalupanas. Don Joaquín se excusa y el arzobispo le insiste diciéndole "que se lo rogaba como amigo y se lo mandaba como prelado". Ante esa orden, García Icazbalceta, hombre profundamente religioso, escribe su carta, de octubre de 1883, en la que hace una exposición histórica de las apariciones. Su estudio es un modelo de investigación de rigurosa objetividad, y sus conclusiones son negativas. Al final de la carta dice:

En mi juventud creí, como todos los mexicanos, en la verdad del milagro; no recuerdo de dónde me vinieron las dudas, y para quitármelas acudí a las

apologías: éstas convirtieron mis dudas en certeza de la falsedad del hecho. Y no he sido el único. Por eso juzgo que es cosa muy delicada seguir defendiendo la historia. Si he escrito acerca de ella, ha sido por obedecer el precepto repetido de Vuestra Señoría Ilustrísima. Le ruego, por lo mismo, con todo el encarecimiento que puedo, que este escrito, hijo de la obediencia, no se presente a otros ojos ni pase a otras manos; así me lo prometió Vuestra Señoría Ilustrísima.

El arzobispo no mantuvo la discreción prometida y la carta de don Joaquín comenzó a divulgarse. Causó a su autor graves disgustos y desánimo en sus trabajos, que, de hecho, interrumpió. El sabio don Joaquín García Icazbalceta murió el 26 de noviembre de 1894, fulminado por un ataque de apoplejía. Los apasionistas no respetaron su muerte que presentaron como un ejemplo de castigo divino. Se había atrevido a decir su verdad histórica.

Cuando han transcurrido cien años de la desaparición de García Icazbalceta, creo que hemos descuidado el aprovechamiento de algunas secciones de su obra. La *Bibliografía mexicana del siglo XVI*, de 1886, se ha reimpresso dos veces, por el Fondo de Cultura Económica, en 1954 y en 1981, adicionada con gran competencia por Agustín Millares Carlo; la *Colección de documentos para la historia de México*, de 1858 a 1866, así como la *Historia eclesiástica indiana*, de Geronimo de Mendieta —editada por García Icazbalceta en 1870— las ha reimpresso facsimilamente la Editorial Porrúa, en su Biblioteca Histórica, en 1971; la primera edición de *México en 1554*, de Francisco Cervantes de Salazar, que es uno de los libros más curiosos y amenos que debemos a don Joaquín, es casi desconocido. La edición original de 1875, se limitó a 180 ejemplares, y la reimpresión facsimilar que hizo Jesús Medina, editor, sin fecha, fue de 500 ejemplares. De esta obra suele

reproducirse la traducción castellana de don Joaquín, y en la edición de la Biblioteca del Estudiante Universitario (núm. 3, 1939) se reproducen las introducciones a cada uno de los diálogos y tres de las notas. Sugiero que se reimprima el facsímil de la obra completa, en una edición masiva que haga accesible tan hermoso libro. Los cinco volúmenes de la *Nueva colección de documentos para la historia de México*, de 1866-1892, los reimprimió en una fea edición, hoy agotada, Salvador Chávez Hayhoe, en 1941, y Edmundo Aviña Levy, en 1971. El *Vocabulario de mexicanismos*, de 1899, lo reimprimió la Academia Mexicana de la Lengua, en 1975, cuando celebraba su centenario, con una introducción de José Luis Martínez.

El gran estudio sobre Zumárraga, de 1881, fue reimpresso en la Colección de Escritores Mexicanos (vols. 41-44, 1947), de la Editorial Porrúa, en edición de Rafael Aguayo Spencer y Antonio Castro Leal. Los periodiquitos que formó el niño Joaquín, durante su destierro en España, de 1829 a 1836, y a su regreso a México, fueron rescatados y estudiados por quien esto escribe, en JGI. *Escritos infantiles* (FCE, México, 1978).

Algo se ha hecho para difundir el riquísimo epistolario de nuestro sabio. Felipe Teixidor publicó en las Ediciones Porrúa, en 1937, un excelente volumen de *Cartas de JGI a José Fernando Ramírez, José María de Agreda, Manuel Orozco y Berra, Nicolás León, Agustín Fischer, Aquiles Gerste y Francisco del Paso y Troncoso*, con prólogo de Genaro Estrada, copiosas notas y apéndice. La mayor cantidad de cartas fueron para Nicolás León. Años más tarde, Ignacio Bernal recogió y amplió esta *Correspondencia* con Nicolás León (UNAM, México, 1982); y para el número 3 del *Boletín de la Academia Mexicana* (México, enero-diciembre de 1982), el mismo doctor Bernal, descendiente de don Joaquín, publicó "Algunas cartas de Joaquín

García Icazbalceta": dirigidas a Fermín de la Puente y Apezchea y a Rafael Ángel de la Peña. Estas últimas contienen un incidente curioso en el que un juicio ocasional de don Joaquín, sobre la gramática de don Rafael Ángel, estuvo a punto de causar la salida de éste de la secretaría de la Academia. Al principio de esta colaboración, don Ignacio Bernal, su autor, cuenta que está trabajando en la recopilación del epistolario de García Icazbalceta y aun refiere la ordenación que ha hecho de los materiales en siete grupos. Además del tomo de la correspondencia de don Joaquín con Nicolás León, de 1982, y de la colaboración para el *Boletín de la Academia Mexicana*, el doctor Bernal sólo llegará a publicar un capítulo más de este epistolario, la *Correspondencia entre los historiadores William H. Prescott y Joaquín García Icazbalceta, 1847-1856* (Instituto Mexicano Norteamericano de Relaciones Culturales, A.C., Cuadragésimo Aniversario, México, 1984). Estas cartas nos permiten conocer las negociaciones que hacía el sabio mexicano con su colega bostoniano para obtener copias escritas a mano de los documentos que poseía y los crecidos gastos, hasta de 284 dólares consignados en la carta del 10 de marzo de 1851. Vale la pena transcribir el desglose de esta cuenta:

Para transcribir y cotejar 2 740 páginas de manuscritos, a 10 centavos por página:	274.00
Papel, 8.50, empaque y caja, 1.50:	10.00
	<hr/>
	284.00

Pago recibido: 284 dólares

Los manuscritos que fueron transcritos y cotejados fueron la *Historia de los indios*, de Motolinía, la *Historia de Tlaxcala* por Muñoz Camargo, y algunas partes de la *Historia de las Indias*, de Oviedo, como existen en la colección del señor Prescott.

Ahora, gracias a la copias xerox, estos trabajos de copiado se han facilitado considerablemente. Pero en los tiempos que trabajaban estos historiadores, el trabajo era mucho mayor y más costoso.

En el volumen llamado *Correspondencia de Adolfo F. Bandelier*, por Leslie A. White e Ignacio Bernal (Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 1960), la segunda parte es la "Correspondencia Bandelier-García Icazbalceta", a cargo del doctor Bernal. En la Introducción respectiva, Bernal cuenta la historia de esta singular relación. Francisco Adolfo Bandelier (1840-1914), nació en Berna, Suiza, hijo de un oficial del ejército y de una noble rusa. La familia emigró a los Estados Unidos y se estableció en Highland, un pueblito de Illinois cercano a San Luis Missouri. En 1870 el joven Bandelier comenzó a interesarse en las fuentes de la historia antigua mexicana y se puso a traducir al inglés la *Crónica mexicana*, de Tezozómoc. Y a propósito de problemas de esta traducción, el 18 de septiembre de 1875 escribió a García Icazbalceta la primera carta del que sería un extenso epistolario de 66 cartas. De ellas, las primeras 25 están escritas en francés y el resto en español. Don Joaquín era el miembro pasivo de esta copiosa correspondencia, pues aunque contestó unas cuarenta cartas, sólo guardó copias o borradores de 6. Se limitaba a contestar las consultas que le hacía Bandelier y añadía algunas noticias personales o generales. De todas maneras, la amistad se profundizó. Bandelier decidió convertirse al catolicismo y, en 1881, García Icazbalceta fue su padrino de bautismo en Cholula.

Además de la traducción de la crónica de Tezozómoc, Bandelier escribió en inglés varios estudios sobre el México prehispánico: *El arte de la guerra*, *La posesión de la tierra*, *La organización social* y *Viaje arqueológico a México*, que no han sido traducidos.

Esta correspondencia Bandelier-García Icazbalceta nos permite conocer los afanes mexicanistas del suizo y la ayuda que recibió de su padrino mexicano.

El doctor Ignacio Bernal murió el 24 de enero de 1992. ¿Qué habrá pasado con las cartas y documentos que poseía de su pariente García Icazbalceta?

Si la mayor parte de los libros de don Joaquín han sido reimpresos, hay un sector que ha quedado en el olvido. Me refiero a los estudios monográficos menores, que he mencionado antes. Estos se encuentran concentrados en los diez tomitos de *Obras de García Icazbalceta*, que publicó Victoriano Agüeros en la Biblioteca de Autores Mexicanos, entre 1896 y 1899. No es necesario reproducirlos todos, pues en el tomo V se encuentra parte del estudio sobre Zumárraga, y en el tomo VI se reproducen los *Diálogos latinos* o *México en 1554*. Pero el resto, es indispensable hacerlos accesibles a los curiosos e investigadores.

En suma, para honrar la memoria del más eminente de nuestros historiadores, en su centenario, sugiero hacer una nueva edición facsimilar de *México en 1554*, tal como apareció en su segunda edición, de 1875; rescatar los estudios monográficos que se reúnen en los tomos de Agüeros —menos los dos antes mencionados—; y proseguir la recopilación del epistolario de don Joaquín.

La Academia Mexicana mantiene una alta estimación y reconocimiento por la memoria de don Joaquín García Icazbalceta. Él intervino en las negociaciones iniciales para establecer la Academia en 1875; ocupó por primera vez la silla III, fue su primer secretario, desde la fundación hasta 1883, y su tercer director desde 1883 hasta la muerte del sabio en 1894. En los primeros años de la corporación, en las sesiones ordinarias, dio lectura a valiosos estudios. Le debemos la primera "Reseña histórica de la Academia Mexicana" (*Memorias*, tomos I y II), y los discursos sobre "Las 'Bibliotecas' de Eguiaira y Beristáin" (tomo I); sobre "Francisco de Terrazas y otros poetas del siglo XVI", sobre "La instrucción pública en México durante el siglo décimo sexto" (en el tomo II); sobre *La grandeza mexicana* de Balbuena", sobre "El bachiller don Antonio Calderón Benavides", sobre "El padre Avendaño. Reyertas más que literarias. Rectificación a Beristáin", sobre "Provincialismos mexicanos" —primer esbozo de su *Vocabulario de mexicanismos*—, y sobre la "Vida del padre Francisco Javier Alegre, de la Compañía de Jesús" (en el tomo III). A raíz de su muerte, la Academia recordó sus obras, en sesión pública celebrada el 19 de enero de 1895, con alocuciones presentadas por Joaquín Baranda, José María Vigil, Ignacio Montes de Oca y Obregón y Casimiro del Collado.

Y hoy, al cumplirse un siglo de su tránsito, quien ocupa en la Academia Mexicana la silla III que él inauguró, y dirige la corporación, que él ilustró, le rinde este homenaje. ♣

EL EDIFICIO DE EL COLEGIO NACIONAL

TEODORO GONZÁLEZ DE LEÓN



La ciudad —tal como la conciben algunos— es una enorme obra de arquitectura que se va haciendo a lo largo del tiempo y por todos sus habitantes. No es obra de un solo autor, lo somos todos, y no es de un tiempo, es de muchas épocas. En nuestra ciudad conviven y se usan estructuras de cuatro centurias: de los siglos XVII, XVIII, XIX y XX (sin contar con los vestigios mexicas de los siglos XV y XVI que tienen ahora otra manera de utilizarse: se los visita, se transita por ellos, para conocerlos e imaginar sus espacios; son sólo contemplación y, claro, información). Pero esta convivencia no se da fácilmente: los edificios están amenazados por el deterioro constante que provoca el tiempo —y que en nuestro valle se acrecienta por su suelo blando que, además, se mueve— y por la obsolescencia, cuando la función desaparece y sólo queda la estructura. El primero exige restaurar los daños y la segunda alterar, o mejor dicho, remodelar los espacios para adaptarlos a nuevas funciones. Restaurar y remodelar son tareas difíciles, costosas y polémicas. Van a contrapelo y requieren claridad y conciencia histórica para aplicarse como, también, políticas para conservar una ciudad viva con varias capas históricas en convivencia. A su vez, son tareas que no se pueden evadir: un edificio que se deteriora, influye y deteriora el área urbana a su alrededor. Es una cadena comprobada de contagio de deterioro. Lo mismo —aunque con menos aceleración— se puede decir del proceso contrario: conservar y renovar un edificio irradia y contagia

al resto. Después de mucho tiempo de casi completa inactividad, en los últimos seis años se han desarrollado acciones de conservación y renovación en un poco más de la cuarta parte (800) de las 3 000 fincas que existen en el área del centro de la ciudad; dentro de ellas se pueden contar más de veinte edificios remodelados y adaptados a nuevas funciones, en forma integral. Lo que se ha hecho en este edificio es una consecuencia de esa generosa política.

Son muy pocos edificios los que conservan su función original durante el periodo de existencia que les corresponde. El espacio guarda cierta ambigüedad respecto de su función (hay teorías modernas que exageran y sostienen que el espacio es indiferente a la función). Lo cierto es que las funciones acaban y las estructuras quedan; y, a veces, con alteraciones sencillas los espacios sirven a nuevas actividades. Este edificio ha cambiado de destino, de función, siete veces en doscientos años. Fue concebido por Ignacio Castera a fines del siglo XVIII para convento y noviciado—colegio de pensionistas y escolares externas. El templo —corazón del conjunto— ya había sido terminado diez años antes, presumiblemente por el más grande de los arquitectos del siglo XVIII, Francisco Guerrero y Torres. Durante la Reforma fue cárcel: más tarde el presidente Juárez lo convirtió en Suprema Corte. Después una parte se habilitó como escuela de ciegos y otra como Casa del Estudiante. En 1943 la porción al poniente del templo la ocupó la Secretaría de Educación y la situada al

oriente la compartió el Archivo de Notarías con el recién creado Colegio Nacional. En 1988 se otorgó al Colegio toda esa parte, pero sólo hasta 1992 se obtuvieron el permiso y los recursos para esta obra.

El edificio que recibimos estaba muy alterado, más del 40% de los muros habían cambiado de posición respecto del plano de 1867. Las azoteas del segundo piso habían perdido sus viguerías, sustituidas por losas de concreto de muy baja calidad. Encontramos graves daños estructurales y alteraciones desafortunadas que lo ensombrecían e impedían percibir sus cualidades, entre las que destaca una: la enfilada de tres patios iguales que, afortunadamente, conservaban su integridad arquitectónica. No es esta la ocasión para describir el conjunto de acciones realizadas, basta con anotar que se partió de un proyecto flexible, que fue cambiando con el avance de los trabajos y los hallazgos que surgieron al destapar losas y remover aplanados. Variaron tanto el criterio como la forma de la reestructuración y el aprovechamiento del espacio para las nuevas necesidades. Descubrimos 20 arcos y 49 nichos de piedra cortada (los nichos de las celdas del convento que ahora enriquecen los muros del Colegio). La institución cuenta ahora con una biblioteca que se desarrolla en tres niveles en el ala oriente, nuevas aulas, áreas de cómputo y administración, cafetería y librería, Sala de Consejo y Comedor y un Aula Mayor con la capacidad y dignidad que el Colegio requiere. Pero fue necesario modificar algo más. No somos del siglo XVIII y tenemos otra necesidad de luz y sol; hoy requerimos, para realizar nuestras actividades, un entorno más luminoso y transparente. Hubo que abrir vanos —afortunadamente todos existían— para crear perspectivas entre los tres patios con sus efectos cambiantes de luz y sombra y fue necesario instalar tragaluces

para inundar de luz a la planta baja (la forma de los patios no nos ayudaba: su altura es mayor que su largo). Cambiamos también el esquema cromático: en los muros empleamos aplanados de mezcla y arena rosa del Valle de México, aparentes y sin pintura y, a su vez, usamos madera clara en las puertas y viguerías. Como es común en arquitectura, se espera que la combi-

nación de formas, perspectivas, luces y sombras integren un lenguaje —oscuro como todos los lenguajes de la plástica—, que provoque en el visitante y en el usuario esa interacción difícilmente definible que algunos llaman emoción. No puedo juzgar si esto se ha conseguido, serán los visitantes y los usuarios los que dirán si esta meta se ha alcanzado en alguna medida. ▀

CARTA DE MADRID CIEN AÑOS DE INTELLECTUALES

BLAS MATAMORO



El centenario del comienzo del asunto Dreyfus ha promovido, en Francia, una nueva corriente de estudios, y el célebre capitán no ha podido zafarse, ni aún después de muerto, de la cultura del espectáculo. Sé de una película y de dos óperas (con música de Morris Moshe Cotel y de Jost Meier) que se basan en el citado *affaire*.

Tiene interés recordar la polémica sobre nacionalismo y universalismo que se construyó en torno a este suceso, ahora que en Europa se replantean los temas recurrentes de la inclusión/exclusión que arraigan en toda cuestión nacional vista desde una ideología nacionalista. Y al decir Europa pienso en sus fronteras, aquejadas de conflictos religiosos, a veces enmascarados de luchas raciales: Irlanda (ahora, según parece, en vías de solución), el País Vasco, la antigua Yugoslavia y, de algún modo, también, como frontera mediterránea de Europa, el Magreb.

La rememoración de Dreyfus, de sus perseguidores y defensores, tiene, pues, un aspecto vistoso y otro patético: como hace cien años, hay europeos que prefieren la muerte a

la mezcolanza, lo único a lo vario, la identidad a la otredad.

Menos visible ha parecido a la opinión pública (a menudo confundida con la mera opinión corporativa de los periodistas) el centenario de una palabra destinada a expandirse generosamente desde entonces: *intelectual*. Otras palabras afines venían utilizándose desde el Renacimiento y, sobre todo, desde el barroco: genio, hombre de letras, escritor. Muy a fines del XVII, y en sentido "elevado" por encima de sus orígenes artesanales, la palabra artista. Pero *intelectual* sólo empieza a circular a partir del asunto Dreyfus. No precisamente como elogio, más bien como todo lo contrario.

Si se quiere, el vocablo está precedido por la aparición, en Rusia, de un curioso latinismo: *intelligentzia*. En sentido restricto y primario, *intelligent* era, en la Rusia de 1830 en adelante, simplemente, el que tenía un diploma. En un país de campesinos analfabetos, el letrado que había ido a una escuela y conocido la vida de ciudad.

Con el tiempo, la *intelligentzia* tuvo connotaciones ideológicas

divergentes: si, al principio, era constitucionalista, liberal y occidentalizante (en consonancia con el movimiento antidespótico llamado *decembrismo*), luego produjo una orientación populista, anarquizante y terrorista, de la cual surge el revolucionario soreliano llamado Lenin. Los "inteligentes" rusos encabezarán la transformación bolchevista de Rusia y se convertirán en algo impensable para una sociedad desarrollada de la Europa occidental: una clase social llamada burocracia.

En el "frente francés" los nacionalistas despreciaban a los dreyfusistas por intelectuales, es decir por ser gente de mero intelecto, sin entrañas, sin sentimientos ni calor (ni color) racial. Extranjeros, finalmente, porque los franceses "auténticos" sí gozaban de esas cálidas virtudes que ignoraban los germanizantes, los judíos y los liberales o socialistas.

Desde el otro lado, la acusación de intelectual se dirigía al indiferentismo político, al bizantinismo, a la traición de los *clerics* que resultaban, a la postre, también, malos franceses, ya que renegaban de la auténtica tradición nacional, la inaugurada por la revolución de 1789.

El mote alcanzó tal amplitud que perdió toda frontera. Intelectual llegó a ser no ya una profesión o un sistema de profesiones, sino una actitud, la propia de quien quiere mostrar al pueblo dónde están los valores absolutos y verdaderos que sostiene el orden social o lo subvierten para instaurar otro orden mejor. Intelectual es todo el que produce estados de opinión, creencias, ideologías. Hoy su espectro es amplísimo, pues va desde el filósofo hasta el entrenador de fútbol, pasando por el ingeniero cibernético y, a veces, por el dirigente político.

Sin saberlo, a menudo, los intelectuales ejercen de sacerdotes. Son chamanes que se ofrecen para curar todos los males de la sociedad o profetas que proclaman lo insanable

de dichos males y la proximidad del fin de los tiempos, decretado por la cólera divina.

Pero no faltan las excepciones ilustres, los intelectuales que conocen su ascendencia sacerdotal y advierten lo peligroso que resulta ser sacerdote en una época sin dioses. Dicho con otras palabras: lo peligroso que resulta convertir a las iglesias en fetiches que ocultan la divina ausencia. Ante tales peligros, el intelectual puede adoptar una conducta escéptica, saber que su saber es siempre cuestionable y que su carácter de absoluto es mera utopía, fantasía del deseo de totalidad que es, en esencia, cualquier deseo. O si no, puede admitir su necesidad de absoluto, pero sabiendo que lo absoluto no es, ni fue, ni será cosa de este mundo. Normalmente, este intelectual tendrá conflictos entre sus dioses y su clero.

Un inciso curioso y muy expresivo es que la utilización de la afortunada palabra se vincule con un hecho militar: la acusación al capitán Dreyfus de espiar a favor de Alemania. En cierto sentido, al protagonizar la lucha de absolutos, el intelectual deriva hacia un espacio pacífico algo que, por naturaleza, es inherente a la guerra: el absoluto no soporta la existencia de otro absoluto, la envidia torna inaguantable el encuentro de otro con el goce total y definitivo. O desaparezo en la confusión amorosa y me convierto en ese otro, o lo elimino para que no exista competencia a mi propia relación con lo absoluto.

El uso de la palabra *intelectual* es, pues, una escena que se recorta al contraluz de una Europa armada que vive los últimos veinte años de su paz modernista, colonizadora y parlamentaria. Pero hay más: el intelectual, muy frecuentemente, será llamado por la historia, en nuestro siglo, a desempeñar tareas militares, a militar, a ser militante. Escapado de la opresión clerical, se meterá en las rígidas y jerárquicas filas de un ejército. Ya los futuristas,

futuros fascistas, apenas iniciada la centuria, exaltaron la catarsis social que significaba la guerra. Vanguardias (otra palabra bélica), movimientos revolucionarios y contrarrevolucionarios, conquistadores imperiales y guerrilleros de variopintas liberaciones, llamaron a los intelectuales ofreciéndoles comandar columnas de soldados o desempeñar comisarías de conciencias útiles a la buena causa.

¿Habrá conexiones subterráneas entre el intelectual y el militar? Arriesgo una hipótesis: en ambas ocupaciones hay un elemento paranoico, un aire de familia persecutorio reúne plumas y charreteras. El militar porque, obviamente, se arma para defenderse y supone siempre a uno o más atacantes. El intelectual —sobre todo el escritor— porque siempre está dando cuenta de lo que dice, y esto ocurre en tanto su imaginación sitúa a una figura que exige una rendición de cuentas.

Es claro que no todo componente paranoico es paranoia, delirio persecutorio. Un militar puede pensar que su tarea no es la guerra sino evitar su surgimiento, la seguridad que mantiene la paz. Un intelectual puede pensar que su rendición de cuentas no sucede ante un jurado penal, sino que es una explicación de sí mismo a través de la cual nos explicamos todos, se explica el mundo que conformamos.

El asunto Dreyfus resultó un revólver radical de la conciencia social francesa. Sé que es feo y absurdo hablar de conciencia social, pues la conciencia es sólo individual, pero la simplificación me autoriza a ser tópico y confesarlo, dada la brevedad de estas columnas. Ya se me ve la paranoia, lo que un argentino llamaría *la persecuta*.

Quiero decir que vastos sectores de la sociedad francesa se cuestionaron la relación entre Francia y su revolución. Un movimiento que llamándose francés, proclamó, sin embargo, los derechos de todos los hombres. Según los nacionalistas,

los franceses eran franceses, así como los alemanes eran alemanes y los judíos eran judíos. La nacionalidad era el universo de cada ser humano, no ya la humanidad. Las referencias del individuo venían de la tribu y no del conjunto de los hombres.

Vale la pena repasar la prensa y la literatura españolas de la época para medir qué interés tuvo en España de la restauración lo que estaba ocurriendo allende los Pirineos. En 1981 Jesús Jareño López publicó una sabrosa antología de tales textos, que son un documento sobre un suceso militar de comparable trascendencia literaria que estaba gestándose en el ya moribundo imperio español: el Desastre Colonial de 1898. No parece casual que quien más escribiera sobre el asunto Dreyfus fuera el periodista valenciano Luis Bonafoux, entonces corresponsal en París, y a quien se atribuye el invento de la fórmula *Generación del 98*.

Repasando aquellas páginas llama la atención que predominen las firmas de escritores sobre las de políticos. Entre éstos sólo encuentro tres nombres notables: el republicano Rodrigo Soriano, el radical Alejandro Lerroux y el socialista Pablo Iglesias. En cambio, suscriben los jóvenes y futuros *noventayochistas* Unamuno, Baroja, Antonio Machado, Maeztu, Azorín (todavía juvenil anarquista llamado José Martínez Ruiz), más algún cercano colega, por razones de edad, como Eduardo Marquina y el americano Gómez Carrillo, sin olvidar a Blasco Ibáñez, siempre acalorado y silvestre defensor de la Francia eterna y revolucionaria. Destaco a Emilia Pardo Bazán, por ser la única mujer del conjunto y porque sus valientes y lúcidas páginas antimilitaristas vienen de antiguo, de sus correspondencias sobre la Exposición Universal de 1889. Y, por ausencia, los grandes nombres adultos: ¿qué pensaban Galdós, Valera, Menéndez Pelayo, Clarín, etc., del entripado Dreyfus?

En general, los intelectuales españoles se manifiestan a favor del juicio y calumniado capitán. Los textos antidreyfusistas, de cuño integrista católico, son normalmente anónimos, notas editoriales de determinados periódicos. Sus argumentos son insistentes: ser liberal, socialista, masón, judío, enemigo del catolicismo e imposiblemente español es lo mismo. Y quien no lo entienda, ya verá cuando truene el escarmiento y llegue la guerra civil.


De alguna manera, en la España de la época ocurría algo similar a lo sucedido en Francia. La identificación de España con su imperio estaba a punto de romperse. No porque esto no hubiera ocurrido antes (la batalla de Ayacucho llevaba setenta años en los almanaques) sino porque la independencia de América se entretejó con las guerras civiles entre carlistas y liberales (más o menos como en la misma América) y la toma traumática de conciencia sobre la pérdida del imperio sólo llegaría en el 98, con la caída de Cuba, Puerto Rico y las Filipinas.

Los procesos son, entonces, paralelos y similares: conflicto entre casticismo y universalismo (la tensión mayor e irresoluble de los escritores del 98), anuncio de guerra civil, militarismo vs. civilismo (un golpe de Estado dirigido por el general Polavieja se estaba gestando y fue abortado, justamente, por el descrédito del ejército en el 98 y debió esperar un cuarto de siglo, hasta 1923, con Primo de Rivera), conmoción en la conciencia histórica, pregunta sobre la identidad nacional, relación entre evento militar y vida intelectual.

Se ve que, en torno a palabras cercanas (inteligente, intelectual) se diseña uno de los destinos de nuestro siglo: la militarización de la inteligencia. Lo que, en principio, pareció una exageración de las derechas reaccionarias, que defendían al ejército como garante de una identidad nacional en peligro, acabó siendo una devoción de las

izquierdas revolucionarias. La burocracia que pobló gran parte del aparato estatal del imperio zarista y de la celestial monarquía manchó de los chinos, terminó a la cabeza de la supuesta liberación de las masas oprimidas. El parlamentarismo, la industria y la proliferación de las comunicaciones que aproximan a los hombres, sirvieron para cimentar dos guerras mundiales.

Propongo que acabemos con los intelectuales. No sugiero jubilar al personal de esta revista, sino disolver la profesión del intelectual en

favor de la función intelectual de todos los seres humanos, de cualquier hombre: la función que consiste en pensarnos como universales. Que nadie piense en exclusiva ni hable en exclusiva, ni siquiera que cobre habitualmente dinero por pensar y por hablar. Sólo una difusión universal del intelecto, entendido como acabo de esbozarlo (y sin la menor modestia) podrá cambiar nuestro destino de pensadores que hacemos la guerra y guerreros que nos ponemos a pensar entre batalla y batalla. 

LLUVIA DE RANAS

JAIME MORENO VILLARREAL



Las ranas llueven de abajo arriba, le decía a mi compadre. Esto no lo dice ningún libro. Lo digo yo, que las he visto llover y llegar de un salto a las ramas. Veo que usted disiente de quienes clasifican el reino animal, me dijo. Compadre, no veo por qué a fuerzas tiene que ser de un solo modo. Usted dirá. Mire, le dije, yo soy un libre observador. La otra tarde, tumbado en mi cama, miraba un alacrán que andaba en el techo. Pensaba darle con el zapato cuando lo hallara a modo. Pero de repente, pas, se cayó. Me puse de pie, no me fuera picar. Me creará que no lo encontré. Revolví el cuarto, pero había desaparecido. Entonces apunté en mi bestiario personal: El alacrán es un animal que cae de los techos, pero no se sabe a dónde.

Mi compadre dijo hombre, así que los alacranes también llueven, eso es pura ciencia de lo particular, es pura alta poesía. Compadre, no me estoy justificando, ni crea.

Simplemente sigo a mis clásicos. Hallo entre los animales virtudes que no tienen parangón entre los hombres, hábitos inauditos. Como la ve. Creo firmemente en mis propios juicios y sospecho de las opiniones extrañas, qué de malo hay, déjeme conocer el mundo a mi manera. Ah, dijo él, eso suena a todo dar. Y entonces le puse un ejemplo. Allá donde yo vivo. "Anoche vi pasar esa rata que se está comiendo mi costal de grano", dice una vecina. "Pues yo vi al mapache que se anda comiendo a mis gallinas", dice la otra. "Y yo vi al armadillo que me ando queriendo comer", dice la tercera. Pues lo que las tres vieron era un tlacuache que cruza al anochecer por la barda. Bueno. Pero dígame por qué no habría yo de darle la razón a las tres reinitas, compadre, a las viejas hay que dárselas.

Salud. Entonces mi compadre dijo que de la naturaleza cada quien puede decir barbaridades, no hay quien les pare el alto. Exactamente,

le dije. Mire, si aquí nomás. La otra vez un estudiante discutía que el tabú del incesto es el origen de la cultura. Va usted a creer, si eso ya se desmintió en el siglo segundo. ¿En el siglo pasado? No hombre, en el dos. La sentencia de Eliano debería estar grabada en la puerta de la escuela de antropología, muchachos menchos. Dice: "Nunca se verá que un camello se una a su madre." Ora sí se vació, me dijo, querrá decir que "antes pasará un camello por el ojo de una aguja". No compadre, estoy hablando de otro camello.

Es una historia bonita y elocuente. No me diga. Pues procede de esta forma. A diferencia de los hombres, los animales no necesitan de signos reveladores o de terceras personas para reconocer que cometen un incesto. Ya ve cómo fue con Edipo, que le tuvieron que hacer un desfile de pruebas. Le traen un adivino, dos pastores, un mensajero, bueno hasta le ponen a la madre enfrente. Pues sí, poco despabilado, verdad de Dios. Eliano dice que en cambio los animales se dan cuenta del carácter, ora sí que antinatural, de esa unión a través del mero contacto. Aquí entra el ejemplo del camello. A ver, ejemplo.

Cuenta que un camellero cubrió, yo supongo que con una carpa, a una hembra totalmente, dejando a la vista solamente sus órganos genitales. Claro, a algunas yeguas las ayuntan de ese modo. Trajo entonces a un camello para que la montara. Resulta que era el hijo de la camella. El camellito. El camellón. El camellando. Momento. Urgido por el deseo sexual, el animal cubre a la madre. Por el solo contacto se da cuenta de que ha cometido incesto. Ah, ah, a poco. Desesperado, el camello mata a mordidas y coces al camellero, para luego arrojarlo a un

abismo que había ahí cerca. Cómo ve. No pues está muy bueno.

A mí me puede decir que son puras invenciones. Pero este ejemplo se usó nada menos que para combatir las invenciones de la tragedia griega. A Eliano todas esas historias que se contaban de la familia de Layo le parecían absurdas y dañosas. Esa historia de Edipo, con tanto recoveco, ¿a poco no parece más inventada que la del camello? ¿Por qué habríamos de creer una sí y la otra no? Para colmo se acusa a Edipo de haberse comportado como un animal. Pues no, un animal se comporta mejor, ahí tiene al camello que se dio muerte. Edipo debió haberse suicidado para estar realmente a la altura de los acontecimientos. Pero en lugar de eso echó la maldición sobre su descendencia y se dedicó a culpar al destino hasta su vejez.

En honor a la verdad, respondió mi compadre, yo nomás he visto los camellos en el zoológico. Dicen que las jorobas se les caen de puritita tristeza. Como a nosotros. Sí señor, ay dolor, salucita. Ah. Mire, le dije. Algunos dicen que el camello es libidinoso y muy enojón. Allá ellos, ¿saben lo que dicen? ¿Hablan así los beduinos de sus animales de carga? Ándeles ora sí que esa es de campeonato. ¿Hablaba así el Rey mago que fue siguiendo la estrella? Pues no sé, quién era, ¿era Melchor?, repuso mi compadre.

Le dije enténdame, para mí en esto consiste la lluvia de las ranas. En que veo las cosas de otro modo y saco mis propias conclusiones. Ah, ahí sí que no estoy de acuerdo, respondió, no se pase la experiencia de siglos, el conocimiento humano por el arco del triunfo. Hombre, escúcheme, si no no puedo hablar, le dije. Enténdame que las

ranas llueven para arriba por puro amor al conocimiento. ¡Qué!, ¡cuál conocimiento! Compadre, por favor dígame. Sepa usted que yo no estoy en contra del tabú del incesto, por ejemplo. ¿Y ora, ya no? Ah, verdad. Lo que no soporto es que se lo crean todos por principio. Si yo he de ser librepensador, pues dénme chance de pensar por mi cuenta. Está usted en su derecho, me dijo.

Para mí el camello es la pureza, compadre. Pues no y no, me replicó, yo escogería a la paloma blanca, al cisne, al corderito, porque no veo por dónde, no sea usted tan arbitrario. Mire compadre, acuérdesese nomás, le dije. San Juan Bautista iba vestido con una piel de camello y no se lo digo nada más para calentarle la cabeza, o qué no es usted judeocristiano compadre. Bueno, pero qué tiene que ver o qué. Ah pues con eso del incesto, a mí qué se me hace, dígame ¿a usted se le hicieron? Cómo. La circuncisión. Ah, qué caray, pues no. Los judíos se la hacen al recién nacido, ¿no será para recordarle que es hijo de madre siempre que vaya a darle la razón a una vieja?, ¿no será al mismo tiempo para hacerlo fértil, como se poda un árbol para que dé más fruto?, ¿y cómo va a ser fértil si no es lejos de la madre? ¿Ya me captó? Ah, ya caigo compadre, me dijo, pero como el alacrán, no sé a dónde.

Pues aquí merito mismo. Yo nomás le digo que San Juan fue quien sustituyó la circuncisión con el bautismo, y usted está bautizado, o qué no. Pues así consta, me respondió mi compadre. Pero que no se le olvide que al fin y cabo al señor San Juanito le mocharon la cabeza. Cierito, cierto, triunfó la circuncisión. Chido. ▀

ATRIL DEL MELÓMANO
FRASES Y TEORÍAS

LUIS IGNACIO HELGUERA



Pasatiempo del melómano es ir coleccionando frases curiosas, iluminadoras, alrededor de la música, tomadas de aquí y allá, y también directamente de compilaciones como, por ejemplo, *An Encyclopedia of Quotations About Music* (Da Capo Press, New York, 1978), de Nat Shapiro, antología rica y útil, en que el lector encontrará de todo, desde la genialidad hasta la chabacanería —y en que hay que andarse con cuidado al consultar autores como Horacio: ocho versos en latín de la Oda 24-1 fueron condensados en una sola línea, que obviamente tergiversa, comercializa, el sentido original.

La afición del melómano a coleccionar frases —y teorías— nace, yo creo, del misterio mismo de la música: qué es la música, qué significa. A la tendencia a buscar significados musicales externos —emotivos, sentimentales, psicológicos, verbales, programáticos—, se opone la que parte del musicólogo vienes Eduard Hanslick (1825-1904) —“La música es su propio significado” (*The Beautiful in Music*, 1854)— y se afianza con firmeza en Stravinsky: “Considero que la música es, en esencia, incapaz de expresar cualquier cosa: un sentimiento, una actitud, un estado psicológico, un fenómeno de la naturaleza, etc. La expresión jamás ha sido una propiedad immanente de la música” (*Crónicas de mi vida*, 1935). Por eso, quizás, decía Paul Valéry que “el verdadero conocedor de este arte (la música) es, necesariamente, aquel a quien no le sugiere nada” (*El alma y la danza*). Se entiende: nada tiene que sugerirle sino ella

misma; nada tiene que sugerirle porque lo llena plenamente.

Lo que quieren decir Hanslick, Stravinsky, Valéry y otros, no es, por supuesto, que la música no sugiera nada ni que no nos emocione, sino que es imprudente e irrespetuoso postular significados fuera del lenguaje musical, un lenguaje abstracto, inefable, autosuficiente; el lenguaje artístico más envolvente y arrebatador, o para decirlo inmejorablemente con Hanslick: “Las otras artes nos persuaden, la música nos toma por sorpresa”.

Una música siempre sugiere otras, pero también vivencias, tiempos, lugares; y, por qué no, la emoción musical puede inspirar aforismos como el célebre de Oscar Wilde: “Después de escuchar a Chopin, siento como si llorara por pecados que no cometí y llevara luto por tragedias que no me atañen. Siempre me produce ese efecto la música. Nos crea un pasado que ignorábamos y nos llena de un sentimiento de congoja”. O este otro del propio Wilde: “Cuando el timbre de la puerta suena wagnerianamente, o es un pariente o es un acreedor”.

Esta imagen de Wagner, a quien adoraba Shaw y aborrecía Wilde, no puede dejar de recordarme una línea prodigiosa de Ed Gardner (1905-1963) que expresa con toda su intensidad el desconcierto que nos produce a muchos el género operístico: “La ópera nace cuando un tipo es apuñalado por la espalda, y en vez de sangrar, canta”.

No son de los críticos de música las frases más memorables, pero sí algunas de ellas les están brutalmente dedicadas: “No hagan caso

de lo que dicen los críticos; nunca se le ha erigido una estatua a un crítico” (Sibelius); “Tuve otro sueño sobre los críticos musicales. Eran pequeños, como roedores, con los oídos cerrados con candados. Parecían escapados de una pintura de Goya” (Stravinsky).

El capítulo sobre las bondades de la música es largo: se confunde con el origen de la música, es decir, con el origen del hombre. En medicina, va de Teofrasto —“El sonido de la flauta cura la epilepsia y la gota ciática”— al Dr. Juan Vicente Melo: “Juan Sebastián Bach es el mejor remedio contra el lupus eritematoso diseminado. La cromoblastomycosis se cura con la *Sinfonía india* de Carlos Chávez. (...) Toda la obra de Mozart es curativa. Toda la obra de Schoenberg es patógena. (...) La fiebre de las montañas rocallosas empeora con la música de Copland, de Roy Harris y de Leonard Bernstein. (...) La fiebre reumática mejora en verano y con las sonatas de Scarlatti...” (*Notas sin música*). Otro Doctor, Samuel Johnson, decía que “la música es el único placer sensual sin vicio”. Pero, como de todo hay en la vida del Señor, otros dicen que el placer musical es vicioso y que anula peligrosamente la personalidad. A esto se responde sencillamente con un poema de Gerardo Deniz: “Un pobre intelectual se me quejaba/ de que la música lo despersonalizaba./ Yo pensaba con pasmo/ si sobreviviría a un simple orgasmo”.

Sin embargo, de Platón a Kant corre una tradición que pone en guardia contra los efectos nocivos de la música. En la *República* se establece un programa —hoy divertido— para legislar la música más allá de sus leyes intrínsecas y se leen frases como ésta: “Cualquier innovación musical es peligrosa para el Estado y debería prohibirse”. A esa tradición se opone la de filósofos ferozmente melómanos, de Schopenhauer y Nietzsche —“Sin

música, la vida sería un error. El alemán se figura a Dios mismo preparándose a cantar himnos" (*El crepúsculo de los ídolos*, XXXIII)— a Wittgenstein, o Cioran: "Pensar que tantos teólogos y filósofos han perdido días y noches buscando pruebas de la existencia de Dios, olvidando la única..."; "Si hay alguien que debe todo a Bach, ese es Dios". (*Silogismos de la amargura*).

Si Nietzsche y Cioran invierten

los valores para que Dios mismo se arrodille ante la música, Shakespeare da al asunto categoría moral: "El hombre que no tiene música en sí mismo ni se mueve con la armonía de los sonidos dulces, es apto para las traiciones, las estratagemas y los robos".

Hay que terminar con la admirable pregunta de Henri Michaux: "¿Puede alguien ser del todo infeliz cuando está cantando?"

como lingua franca, ha perdido toda relación con la acidez y ha impuesto el uso sólo para indicar la presencia de oxígeno. En cambio en alemán la palabra para ácido es saure y mantiene un vínculo espurio con oxígeno, sauerstoff. Es como si dijéramos acidógeno en lugar de oxígeno. Desde luego, los químicos alemanes no se confunden y, al igual que en francés o en español, todos tienen la misma substancia en mente cuando dicen "sauerstoff", "oxygène" y "oxígeno". Las connotaciones y la fuerza de la lengua viva subrayan, sin embargo, esta clase de diferencias lingüísticas más a menudo de lo que pudiera suponerse, incluso entre quienes hablan el mismo idioma.

A diferencia de los lenguajes cifrados, cuyo objeto es engañar a todos excepto a dos, las lenguas artificiales buscan la transparencia absoluta entre los hablantes. Los códigos, los criptogramas adquieren su forma más simple a base de rotaciones de letras y desplazamientos simétricos dentro de una lengua natural. En cambio los lenguajes artificiales pretenden mantenerse al margen del caudal de significados que atrastran los idiomas del mundo.

Por ese sentido de compensación que tiene la vida, mientras el Doktoro Esperanto pasaba "en limpio" a Gogol y a Molière, Joyce ponía "en sucio" el siglo XX en *Finnegans Wake*: pas d'action, peu de sauce sosie gorgo wiederfechten taufen venite preteriti, sine mora dunque isthmos cenogenetic dichotomy: Humphrey el Padre Porter el Hijo quieren emborrachar a Mark que es Marcos el evangelista que no alcanzó a ser vecino de Tristán que se pasea por los puentes del Liffey, la misma que va a orar a San Patrio y mira de reojo la tumba del deán Jonathan Swift que es Nora que es Esau y a ratos Jacob que son Cástor y Pólux que combaten (wiederfechten) y bautizan (taufen) y aprietan el cogote (isthmos).

PAISAJE DE LA CIENCIA

TU NE SKI; TU SKI

CARLOS CHIMAL



Glosa es un internatio lingua "tu ne ski; tu ski". De u lingua problema in skience unio Glosa es u posi solutio. Id es u modifi de morta Lancelot Hogben Interglossa. Id es—fo facili de disci pluto e flexi. Glosa Mo—Kilo (Glosa 1000) uti solo 1000 Latin e Greko radi; qi sati pro panto speci klu tekno konversa. Pe uti mu panto di in holo Euro media.

Glosa es un lenguaje internacional que "uno no sabe que sabe". Es un remedio posible a los problemas de interpretación que se presentan en las reuniones científicas. Es una versión de Interglosa, lenguaje artificial creado por el extinto Lancelot Hogben, muy fácil de aprender, rico y flexible. Glosa 1000 tiene un vocabulario basado en mil raíces griegas y latinas, suficientes para entablar cualquier conversación técnica y se usa todos los días en diversos medios.

La recurrente aparición de lenguajes artificiales es indicativa de que la traducción del discurso científico no es transparente. Nada puede traducirse sin perder significado.

El esperanto, del oculista ruso Ludwik Zamenhof; Ido, del esperantista Louis de Beaufront; Interlingua, del matemático italiano Giuseppe Peano y Glosa 1000 son todos ellos lenguajes contruidos por incertidumbre, algunos más afortunados que otros, con la misma esperanza que animó a Leibniz a abandonar la lógica como una "diversión académica" y empezar a buscar su propio alfabeto del pensamiento o característica universalis, un cálculo general del razonamiento, algo entre el álgebra y los ideogramas chinos.

El alemán fue durante años una especie de lenguaje universal para la comunicación de la ciencia, como lo es ahora el inglés. Los nombres de algunos elementos químicos en alemán toman su ratz vernácula, mientras que en el inglés la toman del latín o del griego. Así sucede con wasserstoff (hidrógeno) y sauerstoff (oxígeno). Cabe recordar que oxygène (generador de ácidos) fue un término acuñado por Lavoisier, quien, equivocadamente, pensaba que se trataba de un ingrediente esencial de los ácidos. El inglés,

GRAVITAR

La escritura define el mundo del científico, al igual que los mitos definen el mundo de los pueblos primitivos. Cuando Galileo miró a través de su telescopio no sólo se dio cuenta de que el sistema copernicano era más racional que el sistema ptolemaico y un constructo matemático convincente; era, en principio, una imagen más verdadera del mundo que podía observar y describir. Sobre todo describir. Pero las teorías no pueden dejar de serlo. El sistema copernicano que apasionó a Galileo nunca fue verdaderamente real, sino un texto posible. Dos impulsos, ciencia y mitopoesis, proceden de una misma fuente de expresión vital.

Se dice que la ciencia siempre ha formulado nuevas ideas a partir de la materia moldeada por un antecesor. Pero lo nuevo es una quimera, de cuya figura sólo conocemos partes. Al hablar de "gravedad" Galileo se refiere a una propiedad, a una tendencia esencial de las sustancias materiales a reunirse con la madre Tierra. En cambio la "gravedad" que Newton concibe es una fuerza de atracción entre los cuerpos materiales. Al igual que los primeros químicos con respecto a los viejos alquimistas y el problema de la transmutación de la materia, cuando Newton reconstruye el sistema del mundo imaginado por Galileo retiene el antiguo significado y lo incluye en un nuevo sistema de relaciones. Lo que era accidental se vuelve esencial, lo periférico es central, lo que era trivial es ahora determinante. Lo que alguna vez fue continuo hoy es discontinuo, lo que era llamado onda ahora es una partícula, lo que fue asunto de rigor matemático ahora es un síntoma de crecimiento orgánico. La gravedad de Galileo no perece ni se diluye; queda en el nuevo sistema como un

caso especial, así como la gravedad de Newton mantiene cierta validez descriptiva dentro del universo de Einstein.

Cada vez, esta noción reconstruye su significado sobre un conjunto propio de evidencias que, no obstante, bajo el otro paradigma son meros accidentes o ilusiones. La vieja teoría, los fragmentos de realidad que evoca se depositan en el nuevo dominio como estratos imperfectos y discontinuos. Su intención queda truncada, su fuerza expresiva es sólo una aproximación de lo que fue. Este proceso de deconstrucción y reconstrucción de significados no es en vano, pues sabemos de nuestro mundo lo que la ciencia nos dice de él, al igual que el hombre primitivo sabe de su mundo por lo que le cuenta el creador de mitos.

El discurso rutinario de la ciencia parecería operar de otra manera. Las decenas de artículos que los investigadores publican en todo el mundo se escriben en la confortable estabilidad de un lenguaje inexpresivo a tal grado que han terminado convirtiéndose en una especie de registro sismográfico, un hilo que tiembla sin mayor propósito que corroborar datos seguros. Surgen, sin embargo, alteraciones, interpretaciones heterodoxas que inician una nueva etapa de deconstrucción. Así, algunas lecturas recientes podrían desplazar el significado de gravedad en la física einsteiniana.

Comúnmente, se piensa que en la ecuación $E = mc^2$ la masa se convierte en energía y ambas son dos cantidades físicas, fundamentales e inextricablemente vinculadas por el cuadrado de la velocidad de la luz. Pero, ¿qué sucedería si, por algunas evidencias de la mecánica cuántica y ciertos registros cósmicos, el concepto de masa dejara de ser fundamental? Más que en una transfor-

mación tendríamos que pensar en una cuantificación de la energía que se requiere para dar la apariencia de cierta cantidad de masa. Visto así, viviríamos en un universo de cargas eléctricas sin masa inmersas en un gigantesco campo electromagnético; de la interacción entre carga y campo surge la ilusión de la masa.

Si fuera correcta esta lectura, la gravedad, que ha resistido todos los intentos por describirla unificada con las otras tres fuerzas fundamentales de la naturaleza, adquiriría un significado muy distinto como producto de la interacción electromagnética. Se ha demostrado que ésta y la fuerza débil, responsable del decaimiento nuclear, son manifestaciones de una sola fuerza que llamamos electrodébil. Es muy probable que la fuerza fuerte, que mantiene la cohesión entre los núcleos, llegue a unificarse con la fuerza electrodébil. Sólo la gravedad sigue siendo un enigma; únicamente si la masa es en realidad un espejismo generado por la fuerza electromagnética la gravedad encontrará una nueva connotación.

MANUAL DEL USUARIO

Alguien piensa: "He aprendido a usar los objetos, a llevar una barca, a conducir un coche, a pilotear un aeroplano; para cada una de estas cosas hay manuales, libros en apariencia destinados a la mano más que al alma, pero sólo en apariencia, porque tengo la seguridad de que el fin de un manual es sólo uno: acrecentar la felicidad del género humano. En los manuales está el nombre de la naturaleza, los nombres de las cosas, la descripción de su funcionamiento, lo que hay que hacer o cómo hay que estar para que esa cosa funcione. Cada manual es un libro de buenas costumbres aplicadas, una novela de formación".

BUZÓN DE FANTASMAS
DE CÉSAR MORO A VILLAURRUTIA



Como se anunció en el buzón pasado, abrimos el de este año reproduciendo una carta vigente y variopinta que dirigió Moro a Villaurrutia en 1948 como respuesta al envío que hace éste a su amigo peruano de Canto a la primavera y otros poemas y que, por hallarse recogida en el raro libro *Los anteojos de azufre* (presentación de André Coyné, Lima, 1958), rompe con la costumbre de este buzón de presentar sólo material inédito (la carta apareció originalmente en el número 7-8 de *Las Moradas*, la gran revista que Moro fundó en Lima con Emilio A. Westphalen).

La "indispensable amistad" entre el "nacionalista japonés" peruano y el "dormido despierto" mexicano se adivina intensa durante los años que el primero, llegado del París surrealista, pasa en México (1938-1948). En esos años Moro vive muy cerca también de Agustín Lazo, Leonora Carrington, Alice y Wolfgang Paalen, Remedios Varo y Benjamin Péret, Octavio Paz, y colabora en *Poesía*, en *Letras de México* y más asiduamente en *El Hijo Pródigo con traducciones, crítica de arte y reseñaciones*. En esa revista (7, octubre de 1943), Villaurrutia rubrica su amistad al saludar *Le chateau de grisou*, el libro de poemas que Moro acaba de publicar en francés en México, donde vive "entre nosotros una personal existencia de voluntario inadaptado" (curiosa autodefinición por interposición poeta). El comentario de Villaurrutia, por cierto, no se recoge en las *Obras* que el Fondo de Cultura publicó en 1953 y aumentó en 1966. ¿Habrá que esperar al 2000 para que, en el cincuenta-

nario de su muerte, el previsible homenaje agregue el completas?

G.S.

CARTA A
XAVIER VILLAURRUTIA

Xavier:

Hemos recibido sendos ejemplares de tu libro* y hemos pensado inmediatamente —E.A. Westphalen y yo— que no podíamos dejar pasar en silencio el acontecimiento. Desde México llegaba un libro, una obra en sazón, a punto, con luz propia; luz no diurna sino más bien de aquella noche tuya que, natural o por medios ajenos a la naturaleza, por un día artificial, por iluminación volitiva frente o dentro de la luz universal, sabes crear a tu alrededor, ya sean las tres de la tarde o las doce de la noche.

No olvidaré nunca cómo tu estudio, a las tres de la tarde, en medio del sol puro de Tenoxtitlán, resplandecía de sombra fresca en la penumbra ideal y pensativa que difundían los quinqués de nuestro amado siglo XIX. Tú, bajo el pretexto de descansar, habías urdido un crepúsculo propicio, inalterable; habías adelantado tu hora. Sin embargo, toda razón te era buena para ejercer una actividad que no reposa, que imagina, que centellea y cuyo espectáculo me arrojaba siempre en las más profundas, cálidas y suaves regiones de una inercia despierta y admirativa.

* *Canto a la Primavera y otros poemas*, Nueva Floresta, Editorial Stylo, México, 1948.

Todo se opone a que entre nosotros exista una *correspondencia literaria*, a que, con la frialdad y la ciencia necesarias —si tuviéramos entrañas científicas— intentara un análisis académico, ponderado, con premisas y conclusiones sobre tu libro. Como toda la poesía, tu libro es un diario, un monólogo sin fin que se estrella en la muerte. A trueque de insomnios, de lágrimas, de cuántas amarguras, de qué resplandecientes *prises de conscience* en medio de la noche, has podido en el tiempo sin tiempo laborar, pulir tu libro de ébano. Su lucidez es la lucidez amarga de las saturnales; la de la embriaguez ritual de la prostitución sagrada en los jardines adyacentes al Templo; la lucidez de la primera libación; la del vigilante silencio nocturno; la de los últimos parpadeos de la conciencia antes de naufragar en el agua translúcida del sueño.

Por diversos caminos el Poeta llega al mundo inconfundible de la Poesía. Un rumor de copas de árboles, el chapotear del gran cuadrúpedo cayendo al agua invisible; cierto ulular del viento en las encrucijadas o el graznido de algún ave propicia a la melancolía; aquel rumor de pasos que se alejan —¡siempre, siempre!— nos avisan certeramente que estamos hollando tierras de la Poesía.

No sé si la Poesía deba situarse en el presente, en el futuro o en el pasado. Sola, se sitúa en el tiempo barriendo con las pueriles antinomias que quieren separarla de la vida como si precisamente en Ella no estuvieran contenidas y resueltas de antemano todas las reivindicaciones humanas, desde las más elementales hasta las más elaboradas y complejas. Fuera de Ella —hilo de Ariadna—, la desesperación, el fragor estéril de las simulaciones, la ceguera que inmoviliza dentro del Laberinto.

Hoy, más que nunca —¿tendremos que insistir?— la acción se declara incapaz, aborta en sus crueles

intentos de resolución del problema humano. La fatuidad, la ineptia, cuando no la sangrienta bestialidad de los hombres de acción se ponen de manifiesto ya sin trabas; son el duro pan de todos los días. Tampoco se trata de la miserable cruzada de optimismo vigente en algún país.

La poesía sigue proyectando su luz mortal y lacrimógena; luz vivificante del devenir humano dentro de sí mismo y no orientado hacia la conquista de nuevos metales cuya fusión dosificada estalle asolando tierras de cultura, tesoros anímicos penosamente acumulados, segando el más preciado, el más rutilante de los tesoros: la vida humana.

Mientras escribo, la noche dispensadora de maravillas enciende sus fuegos por el mundo; brillan las lámparas votivas de la Poesía como otras tantas estrellas dando su norma sideral, inútil quizá, al debate de los hombres. Crecen los árboles en el mar de los rumores, estalla la mañana y llega en su plenitud al mediodía...

¿No es justo que tu libro, planta que se posa en la sombra, ejemplo de juventud madura, de dominio de los demonios nos llegue desde el país en que sangre y cielo, delirio y contemplación, terror y mano que no tiembla guiaron el arte milenar de mi México entrañable?

No podemos sino comprobar que de México viene nuestra cordura; que de México aprendemos y aprehendemos nuestro apasionado y difícil equilibrio lento. Nada me llena de tanto gozo como saber que eres tú, mi amigo, el que levanta la voz para evocar los fantasmas del amor, de la primavera total en medio de este Continente calcinado afirmándonos en que no todo es el albañal de la política, que los grandes negocios están desterrados para siempre de nuestro mundo, no ya por venir, sino conquistado y sumiso, visible y rumoroso en el fluir de aguas, no por serenas menos terribles, que bañan y circundan tu poesía.

No eres caso único en México: Agustín Lazo es uno de los modelos perfectos, otro de los peldaños luminosos que, en nuestro mundo latinoamericano, incipiente y caótico, nos llevan a pensar que todo no está perdido. Su teatro, concebido dentro de una rígida pragmática personal, brilla en la escena con todos los prestigios memorables del mundo mágico, de las pasiones que arden como en el hermoso final del último acto de *La huella*.

La cordura —si cordura hay—, la nueva cordura debe de venirnos de México, rico en experiencias vitales, en experiencias culturales tan diversas. México precortesiano centelleaba en sus múltiples facetas de mosaico de civilizaciones. Los templos, los palacios, los jardines botánicos y zoológicos, los observatorios fosforecían en la noche de misterios; más tarde, la Conquista erige sus templos, sus palacios hasta ahora en pie como grandiosos testimonios irrecusables de poderío; la luz peculiar en la Casa de Hagsburgo, con sus dos Emperadores de leyenda, deja profunda huella de su paso; la invasión francesa se atisba aun en costumbres, en palabras de uso popular, en la arquitectura; la Revolución con sus centauros devastadores prepara el período actual donde se concretan y resumen los elementos de la monumental Tragedia.

Pese a las afirmaciones de cualquier intelectual americano, en cualquier periódico local —en la especie, las afirmaciones del señor H.R. Hays, colaborador de *Las Moradas*, en *El Comercio*, de Lima—: *Si Europa es el pasado y los Estados Unidos el presente, América Latina puede ser muy bien el futuro.* ¿Gracias, verdad?

Conozco pocas sentencias, por no decir ninguna, o más breves o más ricas en juicios, aseveraciones y suposiciones condescendientes que culminen en efecto final, sabiamente graduado, más hilarante.

¿Cómo se autocalifica quien, de

pronto y *porque puede*, dispone que Europa es el pasado? Por lo menos como un vaticinador de feria o como un espectador que ignora, porque no ve, la trayectoria de la cultura occidental es decir, netamente europea.

Desde Baudelaire —para no ir muy lejos ni salir de Francia—, desde el Impresionismo, viven en nuestras mentes los nombres de artistas incomparables, de genios poéticos; el dinamismo de movimientos intelectuales, filosóficos... Todavía calienta el rescoldo de las polémicas surrealistas, de los fustazos surrealistas. Proust no acaba su agonía que crece más y más. ¿Poe o Melville son americanos? Hay que ver cómo se les conoce y por qué se les aprecia. En Baltimore erigieron un monumento a Poe, un *bloc de basalte que l'Amérique appuya sur l'ombre du Poète, pour sa sécurité qu'elle ne ressortit jamais*. Mallarmé *dixit*. Sin lugar a duda, Walt Whitman es poeta americano. En cuanto al presente de los Estados Unidos quedamos muchos escépticos irremisibles. ¿O será el *chewing gum*, el *Muséum of Modern Art*, los *tests* americanos, el *Ballet Theatre*, el *rugby* o la bomba atómica? En cambio, ¿verdad? América Latina puede ser muy bien el futuro. Aquí cabría una pintoresca expresión de la sabiduría popular: *Si para allá me las dejas, perdonármelas quieres.*

Al pasar, y en descargo del cine americano, por ejemplo, tendríamos que señalar el estreno, en Lima, de la adaptación de la obra de O'Neil: *Mourning becomes Electra*. La hermosa cinta, verdadero lunar en la abrumadora, por banal y copiosa, producción del cretinizante cine americano, provocó una reacción general lamentable. Groseras risas acogieron las escenas culminantes. El *climax* sorprendió siempre prevenido a nuestro culto público que ignora *Electra* ya que no es producto gaseoso embotellado. ¿Pero nos tiene acostumbrados a otra cosa el presente de los Estados Unidos

que a la circulación de los peores lugares comunes? El público se sentía inquieto al comprobar la ausencia de *breakfasts*, *ice creams*, *milk shakes* y otras tónicas especies que esmaltan el sentimentalismo policia-co-deportivo de sus películas.

¿Con un ligero tinte paranoico nos habremos alejado del tema principal para irnos por sus ramas? De eso se trataba, precisamente, de las ramas y del árbol. Si nos alejamos fue para mejor ver el paisaje y no, por cierto, como el atolondrado turista que ni ve las ramas ni conoce el árbol en su tenaz huida de la realidad compleja y una.

¿O el hombre de hoy no trata de aturdirse con los viajes, la radio, el cine, la política y la prensa? Sin embargo, de pronto, en forma distinguida: silenciosa, discreta surge un libro que levanta olas dormidas y vuelve a colocar bajo la luz de la

urgencia vital los eternos enigmas que exaltan y torturan al hombre: el amor, la muerte, la expresión poética.

Querido Xavier, gracias por tu libro, por tu país, realidades latino-americanas. Perdón si no supe expresar nuestra cabal admiración; tú sabes leer entre líneas. Que la vida —la admirable, la pavorosa vida— continúe desenvolviendo sus hilos; *amar es, al fin, una indolencia*. ¿Cómo no seguir en los sitios de peligro donde no caben ni salvación ni regreso?

Tanto peor si la realidad vence una vez y otra y convence a los eternos convencidos trayendo entre los brazos verdaderos despojos: el hierro y el cemento o la hoz y el martillo como argumentos definitivos para justificar la prodigiosa bestialización de la vida humana.

Es mundo no es el nuestro. ☞

línea, viene la rúbrica. La fotocopia tiene un inserto que reza: "Archivo Fotográfico Centro de Estudios de Historia de México Condumex". Gerardo me precisó que el original se encuentra en el fondo XXXI-3 de la carpeta 4, legajo 628 de dicho Centro. Además, me hizo saber que había podido averiguar que en los días en que fue escrita la macabra instrucción, el Jefe de Estado Mayor del Gral. Cárdenas era el también Gral. Manuel Ávila Camacho. De todos los mencionados, el único que no llegó a Presidente de la República fue, pues, el Gral. Rodolfo Herrero.

Tuvo, en consecuencia, mejor suerte como investigador mi ahorado amigo Medina Valdés, que la que lograron hasta el momento de escribir estas líneas el Procurador Especial Lic. Miguel Montes, encargado del "caso Colosio", y el Subprocurador Mario Ruiz Massieu, responsable de investigar el asesinato de su hermano José Francisco. Hoy no se deja nada por escrito. No es tiempo de fantasmas.

CARLOS CASTILLO PERAZA

BUZÓN DE FANTASMAS

DE LAZARO CÁRDENAS A RODOLFO HERRERO



Yacía en su lecho de enfermo grave, acosado por un cáncer corrosivo y cruel, pero no se daba por vencido. Alerta el pensamiento, vivísima la mirada, atentos los sentidos a la información cotidiana, Gerardo Medina Valdés —por 27 años director de la revista La Nación, órgano oficial del PAN— libraba la batalla postrera. Era candidato a diputado federal y asambleista del Distrito Federal, pero sobre todo era hombre de libros, legajos y papeles. Conversábamos por teléfono y un día quedé en ir a verlo. Sabíamos que sería la última charla.

Fue entonces cuando Gerardo hizo traer una carpeta azul pálido y me

dijo: "Aquí está un material para que tú hagas un artículo. Estamos en campaña y creo que una buena parte de la aureola que le han dibujado a Cuauhtémoc Cárdenas está pintada con el mito de su papá. Si quieres derrumbar el mito, borra la aureola". No pude darle gusto en tiempo y forma, pero guardé los papeles. Entre éstos encontré la fotocopia —media página— de una carta que envié el entonces Coronel de Caballería Lazaro Cárdenas al "Señor General Rodolfo Herrero, Villa Juárez. Puebla", que a la letra, respetada completamente hasta en sus signos de puntuación y errores "de dedo", transcribo enseguida.

Sobre la parte inicial de la última

Coronel, deCab,
Lazaro Cardenas

Señor General,
Rodolfo Herrero,
Villa Juárez.
Puebla.

Lo saludo afectuosamente y le ordeno, que inmediatamente organice su gente y proceda desde luego a incorporarse a la comitiva del Señor Presidente Carranza; una vez incorporado, proceda atacar ala propia comitiva, procurando que en el ataque que efectue sobre esos contingentes, muera Carranza en la refriega, entendido de que de antemano todo está arreglado con los mas altos jefes del movimiento y, por lo tanto, cuente usted con migo para posteriores cosas que averiguar.

Como siempre, me repito atento amigo, compañero y S.S. ☞

CARTA DE GUADALAJARA

ALREDEDORES DE LA DERECHA EN JALISCO

JUAN JOSÉ DOÑÁN



En el recién despedido 1994 se cumplieron treinta años de la muerte de Efraín González Luna, cofundador del Partido Acción Nacional (también uno de sus ideólogos principales), pilar durante más de medio siglo de la vida cultural jalisciense y defensor de los valores democráticos y ciudadanos en una época en la que muy pocos abogaban verdaderamente por ellos. El aniversario de su muerte pasó inadvertido a propios y ajenos, en particular para los panistas de Jalisco, quienes por lo visto se han olvidado de uno de los forjadores del *background* político de Acción Nacional, el mismo que ahora, cuando los votantes comienzan a decidir de verdad las elecciones, ha empezado a rendir sus mejores frutos. Porque nadie puede engañarse creyendo que los resonantes triunfos panistas en Jalisco, durante las pasadas elecciones federales, se debieron al trabajo de campaña de sus más bien incoloros candidatos. Aparte del factor Diego Fernández de Cevallos, de la multirreferida lista de agravios regionales (explosiones del 22 de abril, asesinato del cardenal Posadas Ocampo, deterioro de la seguridad pública...) y de algunas otras circunstancias de actualidad, los avances del panismo jalisciense se deben al conspicuo pasado regional de ese partido, al rescoldo del viejo catolicismo social y a la aún más antigua tradición conservadora del Jalisco profundo.

EL PARTIDO CATÓLICO NACIONAL

Algo que con frecuencia suelen olvidar o no acaban de aceptar muchos de nuestros historiadores

es que los "mochos", que el 3 de mayo de 1911 formaron el Partido Católico Nacional (apenas unos días antes del desmoronamiento de la dictadura porfirista), fueron demócratas, reivindicadores de los derechos de los desheredados y aliados del maderismo —a la postre también los más perjudicados con el asesinato del presidente Madero. Según Jean Meyer, el desafecto de los otros revolucionarios —Carranza, Obregón y Calles a la cabeza— a la Iglesia y al catolicismo civil provino tanto de la mala voluntad y el desconocimiento histórico (estaban convencidos de que "el porfirismo, el huertismo y el catolicismo eran una sola y la misma cosa") como del odio político (los constituyentes del 17 "atacaban al clero y al catolicismo por su influencia educativa en los niños y por su papel histórico en la vida política de la nación").

En su muy bien informada novela *Matar al Manco* (1993), Guillermo Chao Ebergenyi relata desprejuiciadamente los logros conseguidos en Jalisco por el Partido Católico Nacional. Entre 1911 y 1914 el PCN no sólo dominó el congreso local, sino que aun llegó, democráticamente, a la gubernatura del estado. No deja de ser significativo que sea una novela y no una de tantas obras que "científicamente" pretende relatar la moderna historia particular de Jalisco, la que dé cuenta de la avanzada legislación y de algunas de las revolucionarias acciones de gobierno que los católicos tapattos (los reaccionarios, clericales, retrógrados, mochos, retardatarios según quiere el discurso revolucionario) emprendieron cuando, merced al sufragio

efectivo, llegaron al poder de su estado.

El 16 de octubre de 1912, la XXIII Legislatura de Jalisco, dominada por diputados del PCN, reformó la ley electoral del estado para establecer (¿por primera vez en la historia política de México?) el principio de representación proporcional, a fin de que los partidos minoritarios tuvieran garantizado el acceso al Congreso. Cuatro meses más tarde, la siguiente legislatura local (la XXIV) trabajaba en una legislación laboral que tenía, entre sus principales propósitos: "que la condición del trabajador mejore; que en el régimen del trabajo manual cesen las dolorosas injusticias que son los vengeros donde se abrevan las masas populares para lanzarse furibundas al socialismo; (...) que en Jalisco la organización social y económica venga a ser de tal naturaleza, que todas las fuerzas, jurídicas y económicas, adquieran un amplio desarrollo que se traduzca en bien de las clases sociales, pero de especial en favor de las clases inferiores".

Al mes siguiente, el periódico oficial *El Estado de Jalisco* (12 de marzo de 1913) publicó la Ley del Bien de la Familia, la cual declaraba como algo "inalienable, indivisible e inembargable" los predios que registraran bajo su ocupación las familias económicamente débiles. Y a fin de que estas familias pudieran pagar con algún desahogo dichos predios, dos meses más tarde se expidió un decreto que desgravaba el pago de impuestos estatales y municipales a todas las operaciones de crédito que celebraran las cooperativas de Crédito Popular (las famosas Cajas Reiffeissen).

Estas iniciativas de los católicos jaliscienses no eran producto de la casualidad. Tienen su explicación no sólo en la encíclica *Rerum Novarum*, sino en una vieja tradición católica regional de protección y ayuda a los necesitados que venía desde la Colonia y que tuvo algunos de

sus momentos estelares en los obispos de Fray Antonio Alcalde y Juan Ruiz de Cabañas, a cuya obra se debe la creación de varias de las instituciones de servicio público más antiguas y perdurables del occidente de México: el Hospital de Belén, la Universidad de Guadalajara y el Hospicio Cabañas. A ellas siguieron, durante el siglo XIX, la creación de escuelas y otras instituciones de servicio y asistencia social sostenidas por la Iglesia y por particulares acaudalados. Tales fueron los casos de la Escuela de Artes (en la que se enseñaban distintos oficios para varones) y la Casa de Caridad San Felipe (creada para las niñas y jóvenes desvalidos que ahí aprendían a hacer camisetas, calcetines, medias de algodón, velas de cera, etcétera).

Nada más explicable, pues, que los católicos jaliscienses en el poder quisieran continuar la labor social de sus antecesores, al lado de una serie de innovaciones políticas verdaderamente avanzadas para su tiempo. Infortunadamente el gobierno que encabezaba en Jalisco el Partido Católico Nacional no tuvo tiempo de llevar a buen puerto tan plausibles propósitos. El asesinato de Madero, el gobierno de facto de Victoriano Huerta y el ascenso de los nuevos revolucionarios (a Guadalajara llegaron el 8 de julio de 1914 decretando la disolución de poderes) fueron golpes mortales tanto para la incipiente vida democrática mexicana como para el mismo PCN.

Pese a la manifiesta hostilidad de Carranza, los sonorenses y sus adláteres regionales, el catolicismo social sobrevivió en Jalisco y aun llegó a consolidarse en la prensa, los sindicatos y en otros ámbitos de la vida pública hasta muy avanzada la década de los veinte. En 1929, el año del *modus vivendi* entre la jerarquía eclesiástica y el gobierno fede-

ral y con el que oficialmente se ponía fin a la Guerra Cristera, los católicos fueron vasconcelistas, como dos décadas atrás habían sido maderistas. Durante los años treinta combatieron la escuela socialista, el estatismo, el ejido y otras empresas del cardenismo. En 1939 muchos de ellos, representantes del ala civilizada, secundaron a Manuel Gómez Morín en su gran obra: el Partido de Acción Nacional, casi al tiempo que el ala radical concebía la Unión Nacional Sinarquista.

UNA HISTORIA PARA CONTARSE

La mala memoria, el olvido interesado, el amateurismo historiográfico, los prejuicios, las filias y las fobias partidistas, la visión ideologizada de los sucesos sociales, son algunos de los factores que han impedido la realización de la historia y el verdadero estudio de la derecha en Jalisco. Es preciso vencer estas taras a fin de que puedan darse las condiciones para valorar —con serenidad, información y buen juicio— la obra y el pensamiento de hombres como Luis Gutiérrez Otero, Manuel F. Chávez, Miguel Palomar y Vizcarra, Eduardo J. Correa, Anacleto González Flores, José H. Alba Aranda, Pedro Vázquez Cisneros, Efraín González Luna, Antonio Gómez Robledo, Efraín González Morfín y tantos otros intelectuales católicos que han formado parte de lo que podría llamarse la derecha civilizada de Jalisco, la cual hasta ahora ha padecido la incompreensión, cuando no la ignorancia, de nuestros flamantes científicos sociales y de nuestros viejos y nuevos historiadores (escala macro y micro), quienes han tenido serias dificultades para distinguir hechos de opiniones, ideas de ideologías.

Una de las calamidades mayores que se han desatado sobre la vida

pública de Jalisco, en el siglo que va tocando a su fin, ha sido precisamente la hostilidad —que durante años se convirtió en abierta persecución— a esa derecha civilizada, la cual lo mismo ha sufrido los embates, timos y burlas de los revolucionarios que el juego sucio de la extrema derecha. Ambas fuerzas políticas, de un pretendido signo ideológico antagónico, se esmeraron durante décadas en una tarea común: la eliminación de la inteligencia civil católica. Infortunadamente para la salud política de Jalisco, los propósitos de estos amigos-enemigos se vieron cumplidos en repetidas ocasiones.

A consecuencia de ello, la derecha civilizada se vio privada de muchos de sus mejores hombres (entre ellos Anacleto González Flores, líder de la resistencia católica en el occidente de México durante los años ominosos de la persecución religiosa y quien fuera asesinado por determinación gubernamental); padeció el destierro de otros no menos ilustres (Antonio Gómez Robledo, Agustín Yáñez, Alfonso Gutiérrez Hermosillo...); vivió la marginación de la vida académica (Efraín González Luna primero fue expulsado por la "revolucionaria y socialista" Universidad de Guadalajara y luego por la antípoda de ésta: la Universidad Autónoma de Guadalajara); atestiguó las defecciones y la cooptación oficial (por cansancio, desencanto ideológico, miedo político, provecho personal, etcétera, muchos cambiaron de banderas); padeció y ha padecido las trampas electorales de los revolucionarios (hasta entre círculos priístas se recuerda cómo en 1973 Carlos Petersen, del PAN, fue despojado de la presidencia municipal de Guadalajara, la cual había ganado en las urnas), las infamias de la extrema derecha y los embustes de la historia oficial. ▀